Mujerarte

Delegación de Igualdad y Diversidad. Lucena

PREMIOS 2021

Mujerarte

(Poemas y Relatos)

Premios XXIX Edición, 2021

Edita: Excmo. Ayuntamiento de Lucena.

Organiza: Delegación de Igualdad y Diversidad. Consejo Local de la Mujer

Colabora: Instituto Andaluz de la Mujer

Coordinadora: Mª Dolores Llamas García

Portada e ilustraciones interiores: Toñi Lara Osuna

Depósito Legal: CO-697-2022

Difusión gratuita

Diseño, maquetación e impresión:
Imprenta Caballero, s.l. / C/ Cabrillana, 11 Bajo / Lucena
Tlf. 957 59 14 86 / email: imprenta@imprentacaballero.com

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 7
Mª Carmen Gallardo López

INTRODUCCIÓN: 11
Antonio Cruz Casado

POESÍA 25
Alcance · Primer premio de poesía 29
Cinta Pérez Urrea

Un verso inacabado · Segundo premio de poesía 37
Virginia Sánchez Nuño

Todos los lirios · Accésit de poesía 45
María Adela Perujo Ortega

RELATO 49
Tan polaco, tan francés · Primer premio de relato corto 53
Isabel Merino González

La cantera · Segundo premio de relato corto 65
Mª Soledad García Garrido

Un día sin lluvia · Accésit de relato corto 75
Clara Isabel Martín Muñoz

Presentación

La narración oral y poesía ha sido tradicionalmente considerada como un arte efímero y carente de legitimación cultural, del que las mujeres podían llegar a ser las auténticas depositarias. Esta es, sin duda, la sensación que se recibe cuando se leen las recopilaciones de cuentos de los siglos XIX y XX y se descubre que la mayoría de los folkloristas solían tener a una mujer como informante privilegiada.

Como siempre que se distingue un trabajo o proyecto con la firma de "mujer" surge la polémica o cuando menos la credibilidad sobre la oportunidad de agruparnos aparte. Pero quienes así lo hacen parecen ignorar una realidad histórica ya que no existe catalogación que refleje el trabajo en el ámbito artístico de la mujer, aunque sabemos que se produjo hace ya mucho tiempo.

El arte femenino ha estado históricamente marcado por una visibilidad escasa y no porque las mujeres artistas no existieran a lo largo de la historia, sino porque la sociedad patriarcal ha valorado lo masculino por encima de lo femenino. También cabe destacar cómo han aparecido gradualmente un número importante de mujeres en el mundo de la creación, artistas y escritoras que combaten la masiva presencia masculina en la escena artística y poco a poco consiguen cambiar esa falta de representación.

Hoy en día, el aumento de la participación femenina en el arte de escribir ha sido posible gracias al desarrollo normativo del principio de igualdad, a la voluntad de las propias mujeres a participar en el desarrollo de nuestra sociedad y a los gobiernos a favor de dicha igualdad plasmada en leyes y adoptadas en las Instituciones Públicas.

La publicación de nuestro 29º MUJERARTE, se hace en cumplimiento de los Objetivos del nuestro IV PLAN DE IGUALDAD, donde cabe destacar las aportaciones de las mujeres en el mundo del arte, potenciar y facilitar la creación, el conocimiento e intercambio cultural de todas ellas y pretendiendo dar constancia de la plena y poderosa incorporación artística de las mujeres, dando a conocer a nuestra ciudad y nuestra provincia como ciudad comprometida con la creación literaria y el arte de las mujeres y acercándola una vez mas a la ciudadanía.

A la XXIX edición del Certamen Literario Mujerarte concurrieron un total de 131 obras, 57 en la modalidad de relato corto y 74 en poesía. Quisiera aprovechar una vez más para agradecer al jurado su valiosa labor, siguiendo con el compromiso de la Delegación de Igualdad y Diversidad de propiciar e incentivar la participación de las mujeres en la literatura.

Mª Carmen Gallardo López
Concejala-Delegada de Igualdad y Diversidad
Excmo. Ayuntamiento de Lucena

Jurado
XXIX Edición "Mujerarte", 2021

Concejala Delegada de Igualdad y Diversidad
Mª Carmen Gallardo López

Juana Toledano Molina
Antonio Cruz Casado
Mª Carmen Florido Agüera
Manuel Guerrero Cabrera
Mª Teresa López Arjona
Juan Fernando Valenzuela Magaña

Secretaria
Mª Dolores Llamas García

A MANERA DE PRÓLOGO

(EN TORNO A LOS RELATOS FANTÁSTICOS[1] DE CARMEN DE BURGOS)

ANTONIO CRUZ CASADO
Real Academia de Córdoba

Para Lola Llamas, por su extraordinaria labor
en pro del concurso Mujerarte

Una parte importante de la actual literatura fantástica, incluyendo bajo esta denominación la literatura de terror y la de ciencia ficción, es obra de escritoras. Baste mencionar los nombres de Ann Rice, a la que se debe la extensa serie de L´Estat, el vampiro, algunos de cuyos volúmenes han sido llevados al cine con gran éxito, y de Ursula K. Le Guin, con sus novelas sobre Terramar. Esta afirmación es aplicable sobre todo al dominio inglés y americano, en cuyo idioma las mujeres tuvieron en su momento notoria responsabilidad en la creación del género fantástico. No hay que olvidar que

1 Una primera versión de este texto nuestro se publicó, hace algún tiempo, en "Los relatos fantásticos de Carmen de Burgos", *Romper el espejo: la mujer y la transgresión de código en la literatura española, escritura, lectura, textos (1001-2000): III Reunón Científica Internacional (Córdoba, diciembre 1999)*, Córdoba, Universidad, 2001, ISBN 84-7801-571-X, págs. 255-264. Lo adaptamos y actualizamos someramente ahora con la intención de que sirva de introducción a este volumen compuesto por textos poéticos y narrativos de escritoras que han ganado el concurso "Mujerarte" del Ayuntamiento de Lucena.

aunque el más temprano representante de la novela gótica sea un hombre, sir Horace Walpole (1717-1797) con su novela *El castillo de Otranto* (1764), fueron mujeres escritoras las que popularizaron el género, como Ann Radcliffe (1764-1823) ("la sepulcral Rosdeliff"[2], como la definía don Agustín Pérez Zaragoza en su *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentada*s, de 1831) o Clara Reeve (1729-1827). En la misma línea, uno de los mitos fantásticos más perdurables es igualmente obra de una mujer, Mary Wolstonecraft Shelley (1797-1851), esposa del famoso poeta romántico. A ella se debe la difundida novela *Frankenstein, o el moderno prometeo* (1818).

En los restantes países las mujeres participaron en menor medida en la creación de la literatura fantástica, aunque fueron siempre buenas lectoras del género, como aquella deliciosa Madame Du Deffand que, en plena época del racionalismo francés, afirmaba que ella no creía en las historias de fantasmas, pero que le daban miedo[3].

Menos suerte tuvo la práctica de lo fantástico entre las escritoras españolas, de la misma manera que entre los escritores, puesto que nuestras letras se han enorgullecido siempre de cultivar una tendencia de carácter eminentemente realista. Se ha olvidado que a su lado, y con cierta continui-

2 Agustín Pérez Zaragoza en su *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentada*s, ed. de Luis Alberto de Cuenca, Madrid, Editora Nacional, 1977, p. 55.

3 Apud Rafael Llopis, pról., *Antología de cuentos de terror. 1. De Daniel Defoe a Edgar Allan Poe*, Madrid, Alianza/Taurus, 1981, p. 10.

4 Nos hemos ocupado de la cuestión en diversas aproximaciones, como "Notas sobre el elemento fantástico en la literatura española", *INBACO*, [Córdoba], 4, 1983, pp. 143-148; "La dama del collar de terciopelo: un tema fantástico en Rubén Darío", *Album Letras Artes*, nº 19, Madrid, 1989, pp. 66-73; "'El durmiente despierto': un tema árabe y su difusión española (De *Las mil y una noches* a Calderón), *Canente* (Málaga), nº 7, junio 1990, pp. 15-25; "*Aromas de nardo indiano que mata y de ovonia que enloquece*". Los cuentos fantásticos de Antonio de Hoyos y Vinent, *Album Letras Artes*, nº 30, 1991, pp. 74-85; "Auristela hechizada: Un caso de *maleficia* en el *Persiles*", *Cervantes, Bulletin of the Cervantes Society of America*, XII, 2, 1992, pp. 91-104; "El cuento fantástico en España (1900-1936). (Notas de lectura)", *Anthropos. Revista de documen-*

dad y persistencia, existe una veta fantástica[4], que ha producido algunas obras estimables, especialmente en los siglos XIX y XX.

En una antología de relatos fantásticos escritos por mujeres, *La Eva fantástica*, sólo figuran dos escritoras españolas: doña Emilia Pardo Bazán (1851-1921) y Rosa Chacel (1898-1996), y eso porque la recopilación es obra de un crítico español[5]. En realidad, no existe una gran aportación en lo que conocemos de la literatura femenina española de principios del XX, salvo diversos relatos de la Condesa de Pardo Bazán, en tanto que la narrativa actual existen escritoras que han cultivado con gran dignidad y acierto la narración fantástica, entre las que recordamos a Cristina Fernández Cubas, Adelaida García Morales, Ana María Matute con su novela *Olvidado rey Gudú*

tación científica de la cultura, 154/155, 1994, pp. 24-31; "*Morsamor* en el contexto de la novela fantástica europea de finales de siglo", en *Actas del Primer Congreso Internacional sobre don Juan Valera*, Cabra, Ilmo. Ayuntamiento, 1997, pp. 297-311, etc. Un volumen importante en este sentido, aunque no siempre aplicado a la literatura española, es el coordinado por Jaume Font, *Narrativa fantástica en el siglo XIX. (España e Hispanoamérica)*, Lleida, Editorial Milenio, 1997. Trata con predominio la narrativa hispanoamericana el volumen de Enriqueta Morillas Ventura, ed., *El relato fantástico en España e Hispanoamérica,* Madrid, Sociedad Estatal Quinto Centenario, 1991.

5 *La Eva fantástica*, Antología de Juan Antonio Molina Foix, Madrid, Siruela, 1989. Estas dos autoras figuran también en la recopilación de José Luis Guarner, *Antología de la literatura fantástica española*, Barcelona, Bruguera, 1969, y en la de Alejo Martínez Martín, *Antología española de literatura fantástica,* Madrid, Valdemar, 1992. No se incluye ninguna de las dos en Jorge Luis Borges, Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares, *Antología de la literatura fantástica*, Buenos Aires, Edhasa, 1977, y lo mismo ocure en el extenso libro de Roger Caillois, *Antología del cuento fantástico*, Buenos Aires, Edhasa, 1970 (en éste sólo figuran los españoles Pedro Antonio de Alarcón, con *La mujer alta*, y Gustavo Adolfo Bécquer, con *El monte de las ánimas*). No hay ningún español en el libro de Jacques Bergier, *Les chefs-d´oeuvre du fantastique*, Paris, Editions Planète, 1967 (los únicos representantes del mundo de habla hispánica son Jorge Luis Borges y Julio Cortázar). Alguna atención se le dedica a la Pardo Bazán en Antonio Risco, *Literatura fantástica de lengua española*, Madrid, Taurus, 1987, no así en el otro libro anterior del mismo autor, *Literatura y fantasía*, Madrid, Taurus, 1982; ambos estudios son igualmente importantes.

(1996) y, de manera especial, a la más joven Pilar Pedraza, que ha dado ya diversas e interesantes muestras[6] de la tendencia que nos ocupa.

Carmen de Burgos Seguí (Rodalquilar, Almería, 1867 - Madrid, 1932) no es conocida especialmente por su aportación al ámbito fantástico, sino más bien como luchadora por los derechos femeninos, aspecto que se documenta en sus narraciones, como la bien conocida *El artículo 438* (1921), en tanto que en lo que conocemos de su producción novelesca predomina la narración amorosa y costumbrista[7]. También su vida y su actuación resultan importantes al ofrecernos el carácter de una mujer rompedora con los comportamientos sociales imperantes en su momento, entre los que se puede señalar la escandalosa relación, para la época, con un escritor veinte años más joven, Ramón Gómez de la Serna, del que fue amante mucho tiempo. Entre los diversos episodios de esta historia de amor y de desamor hay que recordar la aventura de Ramón con la hija de Carmen y su posterior fuga con ella, causando con esta actuación un tremendo golpe en la ya otoñal Carmen de Burgos. De estas incidencias quedan relatos, un tanto en clave, en la producción narrativa de Ramón.

Todo esto pertenece al dominio más o menos público, o al menos aparece tratado en algunos de los estudios que se han dedicado a esta autora andaluza. Lo que resulta menos conocido es su aportación, tampoco muy

6 Una aportación crítica con respecto a la narrativa fantástica de esta escritora es la de Alfredo Lara, "Pilar Pedraza: mayores con reparos", *Gigamesh. Ciencia ficción, terror y fantasía,* nº 9, julio 1997, pp. 5-9. En la misma publicación, y completando el dossier que se le dedica, aparece una entrevista con la escritora y un cuento de la misma, "Balneario".

7 Estudios y ediciones relativamente recientes de Carmen de Burgos, que hemos consultado, son los de Elizabeth Starcevic, *Carmen de Burgos, defensora de la mujer*, Almería, Librería Editorial Cajal, 1976; Carmen de Burgos, *El hombre negro,* pról. Rosa Romá, Madrid, Emiliano Escolar editor, 1980; Carmen de Burgos (Colombine), *Mis mejores cuentos*, pról. Ana Martínez Marín, Sevilla, Editoriales Andaluzas Unidas, 1986; Carmen de Burgos (Colombine), *La flor de la playa y otras novelas cortas*, ed., Concepción Núñez Rey, Madrid, Castalia, 1989; Danièle Bussy Genevois, "Carmen de Burgos o cómo sacar fuerzas de flaqueza", en María José Porro, coord., *Referencias vivenciales femeninas en la literatura española (1830-1936)*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 1997, pp. 121-139.

extensa, a lo que suele considerarse relato fantástico, cuya definición exacta resulta difícil pero que puede entenderse de manera general como la irrupción de un elemento inexplicable, sobrenatural, en un mundo lógico y cotidiano.

Ya en alguna de sus primeras narraciones se deja ver cierto componente de este tipo, como ocurre en el relato "¿Alucinación o Telepatía?", que encabeza el librito[8] genéricamente titulado *Alucinación* (1905). En él encontramos un personaje masculino que monologa desesperadamente, en los límites de la cordura y la locura, parecido a algunos otros del novelista francés Guy de Maupassant, como el protagonista de "El Horla", o el de "¿Un loco?", o varios más[9]. Su obsesión es una mujer muerta, en la línea de aquellas otras amadas fúnebres, de ultratumba, que aparecen en los relatos de Edgar Allan Poe (Morella, Eleonora, Berenice, Ligeia, Lady Madaline Usher, etc.[10]), de Villiers de L´ Isle Adam ("Vera"[11]) o de Georges Rodenbach (*Brujas la muerta*[12]), todos ellos autores conocidos y apreciados por la novelista y

8 Carmen de Burgos Seguí, *Alucinación*, Madrid, Viuda de Rodríguez Serra, 1905. Las referencias a página remiten a esta edición.

9 Algunos de ellos se encuentran recopilados en el libro de Guy de Maupassant, *Los caminos de la demencia*, Madrid, Doncel, 1973, los restantes en: Guy de Maupassant, *Obras completas,* trad. Luis Ruiz Contreras, Madrid, Aguilar, 1961, 2 vols. (Los relatos cortos están en el volumen segundo). Estudios sobre el tema de los locos en este contexto son los de Anatole France, "Les fous dans la littérature" (1887) y Sandor Ferenzi, "Anatole France, psychanaliste" (1911), este último con diversas referencias a los cuentos citados de Guy de Maupassant, (apud Hors-Texte, France: htxt@imaginet.fr).

10 Cfr. Edgar Allan Poe, *Cuentos, 1*, trad. Julio Cortázar, Madrid, Alianza, 1970, pp. 275-337.

11 "Vera" se encuentra en numerosas recopilaciones de este autor; cfr. Conde de Villiers de L´Isle-Adam, *Cuentos crueles*, trad., Manuel Granell, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1948; Villiers de L´Isle-Adam, *Cuentos crueles*, ed. Enrique Pérez Llamosa, Madrid, Cátedra, 1984; Id., *El convidado de las últimas fiestas*, trad. Luis Alberto de Cuenca, pról. Jorge Luis Borges, Madrid, Siruela, 1984, y en la edición canónica del autor: Villiers de L´Isle-Adam, *Oeuvres complètes*, ed. Alan Raitt et Pierre-Georges Castex, Paris, Gallimard, 1986, 2 vols. El relato está en el volumen I, pp. 553-561.

12 Jorge Rodenbach, *Brujas, la muerta*, trad. Nieves Salvatierra, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1948.

por los jóvenes escritores de la época, en esto herederos del simbolismo finisecular y decadente. Los toques últimos del relato ofrecen indudables elementos fantásticos, relacionados con la visita de la mujer muerta, todavía apegada a las cosas terrenales con las que no llegó a ser feliz. Así dice Emilio, el protagonista:

> Todo está en su cuarto como ella lo dejó... Vive ahí y yo no la veo... Suenan al anochecer las teclas del piano... Están sus huellas en la cama... Viene a aspirar el perfume de las flores que le compro... y la bata azul y el peinador blanco conservan el calor de su cuerpo... (pp. 25-26).

En la conclusión del cuento sabemos que el joven enamorado ha fallecido, dejándonos en esa indefinición que los críticos consideran tan característica, oscilando entre la locura y los fenómenos paranormales. Al respecto comenta otro narrador -quizás proyección de la autora, aunque indefinido en cuanto al género-:

> - ¿Loco? ¿Visionario? -pensé yo-. ¿No estaremos en presencia de un caso de telepatía? ¡Quién sabe los descubrimientos que la ciencia nos prepara en lo porvenir! (p. 26).

Otro relato con alguno de los rasgos que venimos persiguiendo es el titulado *El tesoro*, narración ambientada en un medio rural, el campo de Níjar, del que quizás la autora tenía experiencia directa[13]. La acción se sitúa en una tertulia campesina en la que hombres y mujeres se dedican a quitar

13 Carmen de Burgos, Colombine, *Cuentos de Colombine. Novelas cortas*, Valencia, F. Sempere y compañía, s. a., [1908], pp. 203-260. (Las restantes referencias remiten a este volumen). Es posible que se trate del mismo relato titulado *El tesoro del castillo*, publicado en El cuento semanal, 1907, cfr. Elizabeth Starcevic, *Carmen de Burgos, defensora de la mujer*, p. 149.

las hojas externas de las mazorcas de maíz, en la era, lo que se denomina *desperfollar*, según indica la novelista. En esta situación familiar y aldeana suelen ser muy adecuadas las narraciones de todo tipo, aunque en esta ocasión recae sobre el tema del tesoro oculto, del tiempo de los moros, y además embrujado. Las almas de los moros muertos vagan en torno a estos tesoros y la localización de los mismos suele hacerse mediante el ensueño del lugar donde se escondieron (p. 207). Claro que no se puede revelar lo que se ha obtenido del tesoro, puesto que se puede volver carbón o ceniza. Colombine aprovecha para situar alguno de esos relatos referidos a la localización de tesoros ocultos en su pueblo natal, del que da indicaciones concretas:

> a ocho lenguas de Almería - escribe- hay un lugarcito que se llama Rodalquilar; no es siquiera una aldea, es una cortijada perdida entre la garganta de algunas montañas que se abren en semicírculo a la orilla del mar. Una costa abrupta y salvaje lo defiende por ese lado; sus montañas dificultan la bajada, y la sociedad actual apenas imprimió allí sus huellas. En ese lugarcito, fresco, apartado, bañado por un cielo de luz, hay un suelo de flores bajo el que se ocultan innumerables tesoros, escondidos por los árabes al abandonar España (p. 221).

Muchos de los elementos que componen la novelita son de índole folklórica, se encuentran en numerosos relatos de tradición oral, y bien pudo la escritora tomarlos de ella.

Pero la que nos parece aportación más relevante en este terreno es una novela larga, *Los espirituados*, editada en 1923, que creemos tuvo una reedición o una nueva redacción, que no hemos visto, en *Los endemoniados de Jaca*, en 1932, el mismo año de la muerte de Carmen.

Frente a las dos anteriores narraciones breves, *Los espirituados* alcanza en su primera edición las trescientas páginas, y sabido es la dificultad de mantener una tensión de carácter fantástico, de duda e incertidumbre entre lo real y lo irreal, a lo largo de un relato extenso, por lo que las muestras

más conseguidas del género se dan habitualmente en el cuento corto.

La base de la novela es de índole amorosa: son las intercadencias del amor y el proceso de noviazgo entre Domingo, un joven de Murcia, y Aurelia, que vive en Jaca[14]. La acción transcurre en el último lugar mencionado, en un ambiente de costumbres y tradiciones antiguas, que emergen con frecuencia de lo que pudiéramos llamar el inconsciente colectivo de la gente primitiva y supersticiosa.

Domingo se traslada a Jaca desde su Levante natal, acompañado por su madre y por su hermana, una vez fallecido el cabeza de familia. Hay un contraste marcado entre la claridad de las tierras murcianas, o la capital madrileña, y el ambiente cerrado, recóndito, lejanísimo, de la ciudad de Jaca, perdida entre las montañas pirenaicas. El paso de un mundo al otro acontece en una atmósfera de cierta irrealidad, no tan marcada como la que se presenta en otras novelas, tal en la paradigmática *Drácula*, de Bram Stoker, en el viaje de Jonathan Harker a los Cárpatos. En *Los espirituados* el protagonista se encuentra un poco confuso ante la nueva situación, un tanto a caballo entre el sueño y la realidad. He aquí las primeras líneas de la obra:

> Tardó en darse cuenta del lugar donde se encontraba, con la imaginación turbada aún por las telarañas del sueño. Después de pasear la mirada en torno suyo, se repitió en voz alta, para tener la seguridad de que se hallaba despierto:
>
> Estoy en Jaca. Estoy otra vez en Jaca.
>
> Le parecía imposible encontrarse, a un tiempo mismo, en su propia casa y en aquella ciudad extraña (p. 7).

14 El nombre de este último personaje nos evoca el de otra silueta de mujer, la que debemos a Gerard de Nerval, autor también interesado en estos temas, aunque en el fondo ambos personajes son muy distintos.Carmen había traducido a Gerard de Nerval. Para esta novela utilizamos la primera edición:Carmen de Burgos Seguí (Colombine), *Los espirituados*, Madrid, Rivadeneyra, 1923. Las referencias a página remiten a este volumen.

Conforme avanza el relato asistimos al enamoramiento de la pareja protagonista, pero de manera solapada se va presentando, mediante alusiones sueltas, el tema central de la obra: la posesión diabólica. Porque los espirituados que prestan el título a la novela no son otros que los poseídos por el maligno, gentes atrasadas, proclives por lo general a la superstición y a los atavismos, pero la influencia de estas creencias afecta también a la joven enamorada, que no participa de ellas. Hay una especie de *tour de force*, de índole fantástica, al aparecer los rasgos de los posesos en la figura de Aurelia, dejando abierto el resquicio a la existencia efectiva y operativa del demonio en el mundo actual y con ello a la intervención de lo sobrenatural en la vida cotidiana. En el fondo de todo, y esa podría ser la lección moral del relato o su intención última, si se quiere, aparece una crítica contra la superstición y el fanatismo, elementos tan arraigados en muchos lugares de España.

Aunque sólo en el último tercio de la novela se entre de lleno en lo que entendemos como fantástico, en las partes previas se van dando pinceladas sueltas sobre el tema, que van preparando la atmósfera del final. Así, el cura ilustrado, don Antonio, comenta a Domingo en una de sus conversaciones:

> Lo malo de aquí es el fanatismo, y de ese no está libre ninguna región de España.
>
> -Tengo deseos de ver eso de los *espirituaos* de que todo el mundo habla [dice el protagonista].
>
> - Es costumbre que va decayendo mucho [añade el cura]. Los veraneantes abundan cada vez más, y se va tratando de no asustarlos con el demonio. Gracias a ellos, el diablo dejará pronto de molestar en Jaca (p. 49).

Es decir, el progreso, representado en esta ocasión por el turismo, acabará con las supersticiones, pero el final de la novela no parece incidir en esa dirección. El castigo de los incrédulos está igualmente señalado con antelación, en boca de la supersticiosa criada que, comenta, refiriéndose a don Antonio:

> No debería ser cura... Se ríe de todas las cosas... Yo creo que hasta de la misma santa (*[15] Dios me perdone); y esto no es que me lo han dicho, sino que lo he oído yo: no cree en los milagros que la santa obra con los *espirituaos*. Como que dice que no existe el *Dañador*. Jesús, María y José. Quizás se lo tendrán que sacar a él algún día del cuerpo (p. 66).

Don Antonio intenta encontrar una interpretación etnológica, casi geográfica, para explicar la creencia absurda en el demonio, y al respecto señala:

> La invención del Diablo es un fenómeno muy natural de los países montañosos. Se dice que el Diablo ama las montañas, pero yo creo que son los montañeses los que lo aman a él. Por eso en la región[16] de Noruega y de los países montañosos tiene parte tan activa el Demonio. Los Pirineos, como los Cárpatos, el Jura, los Alpes y las cumbres del Hartz, son los parajes más visitados por el Demonio. En todo país se le encuentra más en el Norte que en el Sur (p. 83).

Añade a continuación:

> Es que estos países montañosos se aferran a la creencia en los diablos, que no son más que una patraña, una patarata, para engañar a las gentes, y aquí, en Jaca, se encontró el medio de explotarlo (ibid.).

Nos parece correcto el análisis del personaje si tenemos en cuenta, además, que el terreno montañoso dificulta la comunicación, la simple construc-

15 En el texto se señala tipográficamente una cruz, que indica que la criada se santigua. Igual ocurre en el mismo párrafo, algo más abajo, con las referencias a Jesús, María y José; cada una de estas palabras está precedida de una cruz. Hay más casos en el resto del libro, especialmente en la parte de los rituales del exorcismo.

16 El texto indica *religión*, palabra que suponemos errada.

ción de carreteras, y en reductos cerrados y aislados, lejos del contacto con el resto del mundo civilizado, es donde aflora más la superstición. Por eso las líneas finales de la novela proponen la vuelta a un lugar abierto, claro, "a un lugar de mucho sol donde se desvanezca la idea del demonio" (p. 297).

Incluso en los ingenuos juegos adolescentes de cortejo y acercamiento, como el deshojar las margaritas para preguntar por el futuro amor, aparecen también las referencias al Dañador, con frecuencia así llamado eufemísticamente para eludir su nombre real, y asimismo está presente en las secuelas de miedo que queda en el alma de los jóvenes que piensan haber tenido algún contacto con él o su simple representación[17].

También en el terreno de las discusiones, que se promueven en la tertulia intelectual de la ciudad, es tema recurrente la demonología, y al respecto se transmite una de esas conversaciones motivada por la cercanía de la festividad de Santa Orosia y la procesión que se forma en torno a las reliquias de la santa. Como colofón de todo ello, y mediante la exposición de las reliquias, los endemoniados que asisten pueden verse liberados del maligno, pero puede ocurrir también que el espíritu expulsado penetre y posea los cuerpos de los circunstantes, lo que sucede con alguna frecuencia.

Precisamente el núcleo del relato, lo que pudiera considerarse el climax, es la procesión de Santa Orosia, advocación religiosa de la que existe efec-

17 " - No me gusta hablar del *Dañador*. ¡Dios nos libre! -dijo ella.
- Ni a mí tampoco -agregó otra-. Es una cosa a que siempre le he tenido miedo. Cuando pequeña, me llevaron a Madrid, y vi un museo que había en el Retiro. Estaba allí el Demonio de los ñáñigos. Un terrible monstruo con uñas de fiera, cuernos, unos ojazos... No me acuerdo bien; pero cogí tal miedo, que no podía entrar de noche a obscuras en un cuarto. Me parecía que me agarraba; y un día que mi padre me gritó, para reírse: "El Demonio de los ñañigos", me dio tal susto, que casi me convulsioné, y el asustado fue él" (pp. 155-156). La conversación de los jóvenes sigue en términos parecidos, tratando de las figuras que puede tomar el demonio, de la influencia de las brujas, etc.

tivamente una capilla en la catedral de Jaca, que vienen precedida de numerosos exorcismos, transcritos en su integridad. Hay además numerosas historias paralelas, episódicas, a manera de casos o ejemplos de posesión demoníaca, entre los que se encuentran el de la hermosa joven, hechizada por el poder de una bruja mediante la ingestión de doce uvas, que ve al diablo en la oscuridad, el del joven que se casa y se atrae la venganza de su antigua novia, que tiene ataques parecidos a la epilepsia, pero que no tolera el rosario ni que le hagan la cruz, el de los cinco cojos de Arbués, que reciben la dádiva misteriosa de un caballero vestido de negro, que desaparece y los deja alelados, el de la parturienta que da a luz a un ser monstruoso, al que consiguen bautizar, etc.

Como hemos ido señalando, una fuerte vena de elementos sobrenaturales corre a todo lo largo del relato, aflorando con más fuerza y estallando en las páginas finales de *Los espirituados*. Con todo, no hay una afirmación categórica de intervención efectiva del demonio, sino que se postula una alternativa a los fenómenos de posesión diabólica, la enfermedad mental, con lo que tampoco se rechaza radicalmente lo que venimos diciendo acerca del elemento fantástico en el relato, desde el punto de vista literario, puesto que algunos de sus más señalados teóricos, como Tzvetan Todorov[18], considera que la duda que se crea en la mente del lector es rasgo definitorio de lo fantástico. Carmen de Burgos escribe en este sentido:

> No era posible dejar de indignarse a la vista de los pobres enfermos así tratados [se les ha sometido a un exorcismo], en vez de llevarlos a la clínica y al hospital. En ninguna parte se veía más claro el absurdo, la superstición (p. 290).

18 Tzvetan Todorov, *Introduction à la littérature fantastique*, Paris, Éditions du Seuil, 1970. (L´*hesitasion du lecteur* est donc la première condition du fantastique", p. 36).

Existen además otras narraciones, como *El retorno. Novela espiritista*, que se dice basada en un caso real de espiritismo, *La ciudad encantada* (1919), o *La mujer fantástica* (1925), que no hemos visto por ahora, y cuyos títulos bien pudieran encubrir relatos de alguna manera fantásticos[19], pero los ya analizados nos descubren una aportación de cierta valía y consideración en el ámbito de lo sobrenatural. Creemos, en consecuencia, que Carmen de Burgos merece al menos una mención en el terreno de la narrativa fantástica en lengua española.

19 Concepción Núñez Rey, ed., Carmen de Burgos, *La flor de la playa y otras novelas cortas*, op. cit., p. 51, señala que hay elementos fantásticos o esotéricos en *La mujer fría* y en *La princesa rusa*. No hemos podido comprobar este extremo, puesto que muchas de las narraciones de esta escritora son en la actualidad de difícil consecución.

Poesía

Cinta
Pérez Urrea

Nací en Murcia en 1984. Desde pequeña sentí fascinación por el arte: aprendí a leer y a escribir como quien descubre un tesoro. Estudié Filología Hispánica y un Máster en Literatura Comparada Europea en la Universidad de Murcia. Después trabajé como camarera, profesora de Inglés, de Español para Extranjeros y de Teatro en distintos países, como Inglaterra, Polonia o Malí. Actualmente soy profesora de Lengua y Literatura en el Instituto Miguel de Cervantes de Murcia.

Mis textos han recibido diversos reconocimientos, como el Primer Premio de Relato "Severa Galán" (2021), Primer Premio de Relato "Clara Campoamor" (2020), Primer Premio de Poesía "Rodrigo Manrique" (2020), Primer Premio de Microrrelato del Ayuntamiento de Ávila (2020) o Segundo Premio de Poesía "Dulce Chacón" (2021). He participado en las antologías *El vuelo de la arcilla* (Ed. Hebras de Tinta), *Tiempo de contar* (Universidad Nacional de Córdoba, Argentina), *Mirad… ¡están ahí!* (ACEN Editorial) o *Shorai* (Ed. Pulpture).

Alcance

Primer premio de poesía

Más allá de lo que puedo alcanzar,
allá en lo alto,
me espera la lluvia.

En los días grises
la presiento en el temblor
de mis pies secos,
en los surcos de cal
que van dejando las sombras,

y noto en la nuca el peso
de su vigilancia azul.

Al menor descuido
vuelve la pena, vuelve a tejer
sus filigranas en mi pelo
a la hora de la siesta
y la tarde es poco más
que la estela cristalina de un insecto
que se arrastra por el suelo.

Entonces la escucho.
La lluvia.
La oigo afilar en los árboles
sus cien mil pares de garras.

Y no temo.
Siempre estará más oscuro dentro
de la piel. No temo.

Ambas nos desafiamos
en círculos ampliamente dibujados.
La lluvia y yo.
Cuando todo esto acabe
¿qué quedará en pie?

El tiempo dirá.

El tiempo sabrá si aguantan
mi casita de papel,
mi corona de plumas,
la disposición de las ofrendas
en mi altar de huesecillos.

El tiempo cantará
con su lengua pegajosa
las batallas de la imprudencia y de la sed,
la estrategia tantas veces intuida
de asesinar a la lluvia
en el corazón de los pájaros
(debilidad intermi
ten
te)

para comprobar al final del día
que el llanto es otra lluvia más.

Virginia Sánchez Nuño

Natural de Moral de Calatrava.
Licenciada en Farmacia.
Profesora emérita de Enseñanza Secundaria.
Reside en Alcázar de San Juan.

Trabajos y premios literarios:

- Primer premio Certamen poético "Cristo de la Misericordia" – Miguelturra 1999
- Mención de honor en el X Certamen Literario de la Federación de vecinos – Alcázar de San Juan 2000
- Finalista del VII Certamen Literario "Vinos de la Mancha" del Consejo regulador de la Denominación de Origen La Mancha. Alcázar de San Juan 2001
- Primer premio de Poesía del XII Certamen Literario de la Federación de vecinos de Alcázar de San Juan 2002
- Primer premio de poesía del X Certamen Literario " Tomillo y espliego" a la Virgen de las Viñas – Tomelloso 2003
- Primer premio de Poesía del IV Certamen Literario "Virgen del Rosario" – Alcázar de San Juan 2003
- Tercer premio de Poesía Certamen Literario " Santísimo Cristo de la Vega" – Socuéllamos 2004
- Premio Literario de Poesía "Arte y mujer" – Herencia 2005

• Segundo premio de Poesía para profesores de Enseñanza Secundaria "Gerardo Diego", I.E.S. Eladio Cabañero – Tomelloso 2005
• Tercer premio de Poesía Certamen Literario "Santísimo Cristo de la Vega" – Socuéllamos 2005
• Primer premio local Asociación amas de casa " Entre nosotras" – Alcázar de San Juan 2007
• Segundo premio de Poesía del XVIII Certamen Literario de la Federación de vecinos de Alcázar de San Juan 2008
• Premio poesía I Certamen Literario Santísimo Cristo Salvador del Mundo – Calzada de calatrava 2009
• Primer premio local de poesía del XX Certamen Literario de la Federación de vecinos de Alcázar de San Juan 2010
• Premio de poesía del XXII Certamen Poético Nacional "Pan de Trigo" - La Solana 2012
• Segundo premio Certamen Literario "Nuevos Caminos" - Consuegra 2013
• Premio Poesía Local "Entre Nosotr@s" - Alcázar de San Juan 2014
• Segundo premio Certamen Literario "Nuevos Caminos " - Consuegra 2014
• Accésit del IV Certamen Literario "Antares"- Campo de Criptana 2014
• Primer premio del IX Certamen de Poesía "Encuentros por la Paz" de San Pablo de Buceite 2014
• Accésit del III Certamen Literario contra la Violencia de Género – Tomelloso 2014
• Premio Provincial de Poesía "Entre Nosot@s" Alcázar de San Juan 2015
• Autora del libro" DESDE TU CUNA A TU VUELO" Abril 2016
• Segundo premio nacional de Poesía Certamen Literario RIÓPAR 2016 –Riópar (Albacete)
• Primer premio XIX Certamen Nacional de Poesía "Exaltación a la Virgen del Socorro"- Tíjola (Almería) 20016
• Finalista del XXXVI Premio Mundial Fernando Rielo de Poesía Mística 2016
• Autora del poemario TRAYECTOS GERMINALES selecciona-

do en 2017 por la Biblioteca de Autores Manchegos de la Diputación de Ciudad Real, publicado en 2019 en Colección Literaria OJO DE PEZ

• Premio Poesía local Entre Nosotr@s –Alcázar de San Juan (Ciudad Real) 2017

• Segundo Premio Poesía Nuevos Caminos – Consuegra (Toledo) 2017

• Premio de Poesía en el Certamen "Villa del Mayo Manchego – Pedro Muñoz (Ciudad Real) 2017

• Accésit en Creación Literaria en los Premios del Ejército del Aire 2017

• Segundo Premio "CARTAS MANUSCRITAS" Asociación Cultural ANTARES -Campo de Criptana (Ciudad Real) 2017

• Coautora del libro "EL VERSO QUE NOS UNE" (Autores del Ateneo de Alcázar de San Juan) 2018

• Premio de poesía "ALEJANDRO HERNÁNDEZ SERRANO" en el certamen literario Villa del Mayo Manchego- Pedro Muñoz 2018.

• Primer Premio de Relato en el VIII Certamen de la Asociación cultural ANTARES -Campo de Criptana 2018

• Primer PremioXXVI Certamen Nacional de Poesía ANTONIA GUERRERO – Estepona (Málaga) 2019

• Premio Poesía XXX Certamen Poético Nacional "Pan de Trigo". La Solana 2019

• Premio especial abuelo/a – nieto/a en el XX Certamen "RECUERDOS VIVOS" de la Diputación de Ciudad Real 2020.

• Segundo Premio en el Concurso Nacional de Poesía "JUAN CERVERA"- Lora del Rio 2021

• Premio en el Certamen Nacional de Poesía Jorge Manrique. Villamanrique 2021

• Primer Premio en el II Certamen Poesía Religiosa SANTA HILDEGARDA. León 2021

Un verso inacabado

Segundo premio de poesía

Un verso inacabado…Un otoño sin hojas.
Un corazón vacío… Un silencio espacioso.
Un rumor conocido sin saber qué me evoca.
Silencio en el silencio, en la ausencia, sequía;
en la boca palabras que se ahogan sin voz.
El susurro del viento, insolente repite
el tañer de campanas y el zumbido de abejas
ajenos al instante, al clamor de las cumbres,
y a las flores marchitas que guarecen los campos.
Tibias horas transitan por la escala de albores
apilando nostalgias, apabullando sueños,
recibiendo la escala de las brisas con frio.
¿Qué susurra el recuerdo que entrelaza mañanas?
¿A qué tarde me llama la tímida esperanza?
¿Con qué notas se fragua la dulce melodía?

Y trepan las arañas por su tupida red
en troncos astillados con la savia dormida.
Y los niños pasean por sus juegos de trigo.
Al borde del camino todavía nacen rosas
de apagados perfumes y pálido color:
No se cansa el silente palpitar del otoño
de querer dar destellos de color y de luz.
Los lagos empapados bordeados por sed.

¡Y la estepa callada respirando neblina,
plural agua viajera, micelar diapasón
que se adentra en los parques y en los ejes del alma!
El otoño transita por los hilos del cosmos.
¿Y por qué su tristeza se acomoda a la mía?...
¿Y por qué su caricia se traduce en nostalgia?...

El misterio de otoño se ensimisma en su estrofa.
…Y no sé qué pensar...Y no sé qué decir.
Y no sé cómo puedo caminar sin arrimo
a los bosques de estrellas y a tu fuente de amor.
Corazón, ¿dónde estás que no acreditas besos?,
¿dónde dejas tu poso de presencia en estío?

¡Otra lluvia en espera!... ¡Otro campo sin mies!...
Otro día sin más que el camino trazado.
El clamor repetido se hace sombra de ayer
y cansancio de ser argumentante nube,
oscura dilación ceñida al desencanto
de no poder ser lluvia a pesar de la sed
que pronuncian los campos y la voz de mi alma.
¡Un pretexto azaroso! ¡Un constante deseo!
¡Una huida de mí y reencuentro a la vez!
¡Un querer regresar al engañoso ayer!
¡Un querer revivir un otoño normal
de parques amarillos y mullida hojarasca!
¡Es tan bello observar cómo danzan las hojas
abordando el espacio, aleteando adioses…,
transitando intangibles halos ocres y azules
en los brazos del aire que las mece y pendula!

¡Es tan bella la estampa de anhelos vaporosos
desprendidos del leño, del tálamo floral!
¡Sería tan triste el beso del concierto otoñal
sin su voz de desmayo, sin su piel carotena,
sin alfombrar sus hojas la senda que pisamos!
Un verso inacabado…. Un alma sin su amor…
Un otoño sin hojas…Un corazón vacío…
Es tan triste la imagen del otoño sin hojas,
tan triste que perdure inacabado el verso…

María Adela Perujo Ortega

Nacida en Cuevas del Becerro el 21 de enero de 1976. Graduada en Psicología por la Universidad de Educación a Distancia (UNED)

PREMIOS

- 1º Premio en el "XIV Certamen de Poesía José María Campos Giles" Campillos (Málaga) por "Entre luces"
- 2º Premio en el "II Certamen de Poesía José María Campos Giles" Campillos (Málaga) por "Raíces"
- 3º Premio en el "XVIII Certamen de Poesía José María Campos Giles" Campillos (Málaga) por "El viejo trastero"
- 2º Premio en el "I Certamen de Poesía Margarita Perujo Nebro" Cuevas del Becerro (Málaga) por "Esencias"
- 2º Premio en el "II Certamen de Poesía Margarita Perujo Nebro" Cuevas del Becerro (Málaga) por "MAÑANA"
- 2º Premio en el "XXII Certamen de Poesía Isabel Ovín" Carmona (Sevilla) Por "Te alejas"
- 2º Premio en el "XVI Certamen de cartas escritas por una mujer" Estepona (Málaga) por "Mi queridísima yo"
- Accésit en el "XXV Certamen de Poesía Antonia Guerrero" Estepona (Málaga) por "Preceptos"

• 1º Premio de Poesía en el "XXVI Certamen de Poesía Antonia Guerrero) Estepona (Málaga) por "Para Anna"
• Mención especial en el XXVI Certamen de Poesía Antonia Guerrero" Estepona (Málaga) por "A todas las madres golpeadas"
• Finalista en el "Concurso de Poesía Homenaje a Federico García Lorca" de la Editorial Artgerust por " In memoriam"
• 1º Premio en el "XVIII Certamen de Poesía José María Campos Giles" Campillos por "Musas"
• Accésit en el "XXVIII Certamen Literario Mujerarte" Lucena por "Despedida"
• Finalista en el "Certamen de microrelatos Sol Cultural 2021" Santander
• Áccesit en el "XXIX Certamen Literario Mujerate 2021"Lucena por "Todos los lirios"
· 2º Premio XXV Certamen Literario "Mujer y Literatura", Vícar (Almería). Poema "Para no morir".

Todos los lirios

Accésit de poesía

Mi madre es como una montaña,
está hecha de rocas
con olor a tomillo en su falda.
A veces es hierba
que todo lo cura
y otras
se vuelve fría y árida.

Mi madre vive con los ciclos de la luna
y es su corazón
un mar de dudas
que unos días está lleno de algas
y de espuma
y
otros
se vuelve sal y bruma.

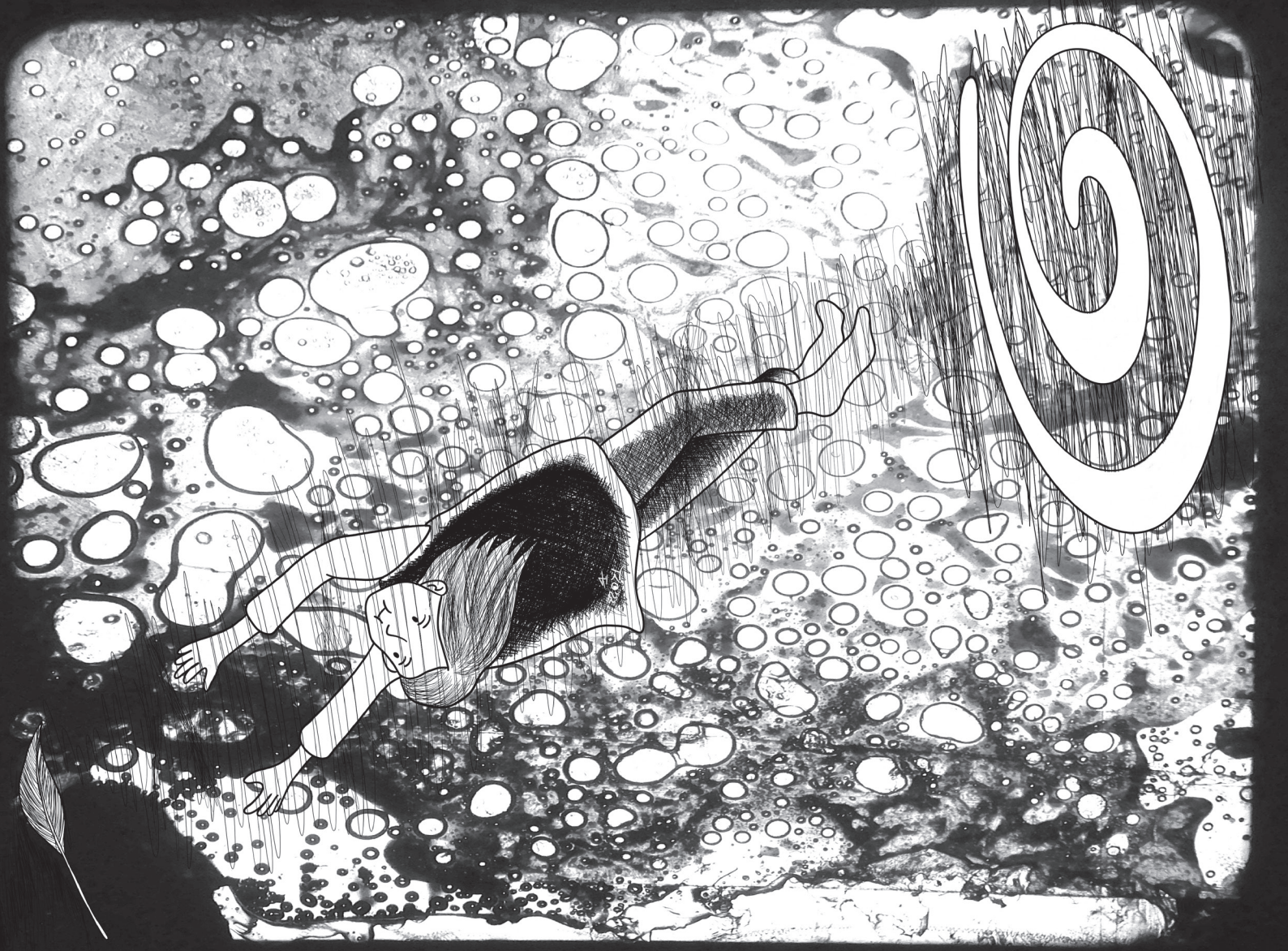
En su vientre caído
van erosionando las grietas
dejando siempre un resquicio
para mis llantos.
Y pasa el tiempo
y ella sigue
-cambiando sus formas-
en el mismo sitio.

Mi madre ha aguantado las bofetadas del viento
se ha hecho lluvia
se ha maquillado de lirios
y se ha mantenido firme a la espera del sol
con los labios sellados.

Otras veces,
se vuelve manzanilla
que va deshojando el amor
con la esperanza del sí
y en el último pétalo
se agarra de nuevo a la tierra.

Pero ella
esta mañana ha amanecido con ojos
de luna todavía,
me ha mirado fijamente con un gris
que no había visto nunca
y ha guardado todas sus primaveras en una maleta.

Mi madre
ha dejado al invierno
en la casa vacía
a la espera de que llegue el viento con toda su furia.
Me ha agarrado de la mano
y ha quebrado su quejido de acantilado
para convertirse en sierra.



Relato

Isabel
Merino González

(Málaga, 1973). Licenciada y Diplomada en Ciencias Empresariales y Económicas por la Universidad de Málaga.

Como escritora he publicado relatos cortos en diversas antologías de narrativa breve con *Editorial El Sendero*, la *Junta de Andalucía*, *Alas de Papel*, *ExLibric*, *Taller Paréntesis* y la *AECC*. He realizado diferentes talleres de *Creación Literaria, Escritura Creativa* y *Novela* y, desde 2007, soy miembro del grupo literario *Punto y seguido*, con los que he publicado tres libros de narración corta. Soy administradora del blog *Chawton St* y coadministradora del blog *PuntoYseguido_escritores* y he participado en diversos proyectos multidisciplinares tanto gráficamente, como adaptaciones de guion para teatro, como colaboraciones en un periódico cultural en las secciones de técnicas de escritura y concursos. He sido premiada en varios certámenes literarios y actualmente cuento con doce premios, entre ellos: *1er premio XIX Certamen 'Mujerarte'* (2021), *1er premio de IX Certamen Maria Carreira de Andalucía* (2021), *Finalista del XV Certamen 'Don Juan Manuel'* (2021), que he recibido este año.

Actualmente trabajo en la *Asociación es-*

pañola contra el cáncer y estoy inmersa en varios proyectos literarios, entre los que destacan: impartir un taller de *Escritura terapéutica creativa,* publicar un nuevo libro de relatos con *Punto y seguido* y terminar mi primera novela.

Tan polaco, tan francés

Primer premio de relato corto

A mis sobrinos, tan Garcías,
tan Martínez, tan Merinos.

Y a Patricia, tan amiga,
tan querida.

Madame Soleil terminó de arañar la pizarra, con sus uñas de bruja de cuentos, y retrocedió unos pasos para observar cómo había quedado su lienzo de palabras enmarañadas. Después, con las manos empolvadas en tiza, se recorrió las caderas dejando la tela vaquera de su minifalda impregnada de polvo blanco. Agarró los bordes con ambas manos y tiró de ellos hacia abajo como lo hacía con las sábanas cada mañana, remetiéndolas bajo el colchón, sin dejar un solo pliegue que pudiera incomodarla llegada la hora, bien entrada la noche, de soñar mundos distorsionados, yermos, carentes de lucidez y, más que nada, de niños. Así eran sus sueños cuando en el duermevela leía poemas, a decir verdad, cuando leía poemas polacos. Con las faldas le ocurría algo similar, la misma incomodidad, la misma disyuntiva, similar carencia, pero de tela. Dejó caer la vista hacia el suelo enlosado en blanco y negro, cuadrículas rectangulares, olor a lejía y fresas. Leotardos negros, tobillos negros hundidos en botas militares negras de suela ancha, doble nudo, para no escaparse por la puerta, por la ventana, tan lejos, con alas, hasta esos campos polacos donde los niños difícilmente existirían.

La tabla pitagórica del siete, compuesta por coordenadas cartesianas, diez veces escrita, en el lienzo paralelo, aceitunado y rugoso de la pared y Émile comenzando a escribir la undécima. Vuelve a tu pupitre, dijo

la maestra. El niño soltó la tiza, había dejado escrito, por último, el número cuarenta y tres. Arrastró los pies hasta su mesa, donde escondía las risas entre sus manos una niña mellada de caracoles rubios que se desparramaban sobre su libro de matemáticas. Eres tonto, dijo. Los demás también rieron. La maestra mandó a callar con un dedo, aún polvoriento, sobre los labios. ¡Tsssss! La onomatopeya la sobrevoló y le cayó encima como una fina lluvia de otoño. Madame Soleil cogió el borrador, decrépito, deshilachado por tantos golpes acumulados sobre la pared, pizarra y nucas, y eliminó el cuarenta y tres con cuatro golpes. Uno por sílaba. Dictadas en voz alta. Muy alta: I-LÓ-GI-CO. Y más golpes. Y más sílabas, fuertes, violentas: RE-SUL-TA-DO-I-LÓ-GI-CO. Se remangó las mangas de globo anudadas a la muñeca con dos vueltas de botón que sostenían toda una paleta de colores fríos, verde, índigo, violeta, cián, que se desprendían de su jersey de lana despeluchada, y que evitaban, como en tantos otros días escolares, que se estrellaran contra las paredes inmaculadas de blanco gotelé. El otro nudo, mucho más arriba de sus pechos y omóplatos, a la altura de la yugular, le asfixiaba las cuerdas vocales y le tiraba de las comisuras de la boca dibujándole en mitad de la cara una mueca picassiana que conjugaba a la perfección con una nariz orgullosa, poeta, sentimental, de Cyrano, y unos ojos heterocromáticos que se clavaban siempre-siempre-siempre en el error.

Émile, arropado bajo la manta de rizos rubios de su compañera, susurró entre dientes un *Madame guiñol-bruja fea–boca-buzón*, inaudible, al menos inaudible al oído de sus compañeros distribuidos en los pupitres aledaños que seguían expectantes, con la atención justa y las miradas plenas, las explicaciones de las ciencias exactas que la maestra desfiguraba a lo largo y ancho del encerado. En este caso, una subida de nivel tras el estrepitoso fracaso de Émile, que tendría que escribir en su cuaderno, al menos cien veces más, la tabla del siete. La del ocho era todo un desafío, de ahí la expectación de los aventajados.

Era un aula repleta de críos, todos franceses, procedentes de familias desestructuradas; tan impensables, inimaginables, intolerables en sueños

autosugestionados por poemas polacos leídos al balcón de la medianoche en una buhardilla estrecha, de techos altos, en una calle diagonalmente opuesta a los jardines *Buttes Chaumont*. Era éste un parque orgulloso por armonizar el estilo inglés con el chino, desdibujarse entre grutas, cavernas y cascadas, y sobre todo por ser el lecho sobre el que a diario, tras el almuerzo, cuando la brisa corría despeinada y triunfal sobre el césped erizado, Madame Soleil extendía una mantita de cuadros de colores, rojos, amarillos naranjas, para descansar su abombado trasero junto a un libro de poemas y una manzana verde y brillante que mordisqueaba cuando se paraba a respirar las frases más atormentadas.

Lentes redondos y gruesos, pendientes grandes, cuadrados, dorados y un pañuelo de seda a veces negro, a veces blanco, que usaba para aliviar el frío que se le colaba por los miles de poros abiertos de su cabeza afeitada. Entonces, tiritaba. No se detenía a pensar por qué, pero tiritaba. Había varios motivos y si hubiese querido pararse a pensar en ellos y darles argumento, lo habría hecho, pero no quiso. Se limitó a temblar y a devorar con sus ojos miopes la poesía. Pongamos que aquella sobremesa, después de que Émile fuera ninguneado por un error de cálculo, leyera a *Bronislaw Mak:*

"…Detrás de todas las paredes
de mi habitación, de todas
las paredes del mundo: esas conversaciones
no callan. No veo rostros, ni ojos, escucho
voces: inimaginables…"

Era un transcurrir de la vida de lo más invariable. Apenas una sucesión de acontecimientos similares divididos en cuatro estancias a lo largo de cada día: Amanecer en *Montmartre*, mañanas en *L'école Le petit prince*, mediodía en *Buttes Chaumont*, y tardes/noches en el apartamento abuhardillado de la *Avenue de Laumière* o en su paralelamente opuesta. Era, como se ha dicho, un transcurrir de la vida de lo más invariable. Podría incluso decirse que, de lo más monótono, de ahí la rabia quizá, que a Madame Soleil se le escapa-

ba por la mirada, la risa enlatada, los suspiros que ahogaba en clínex con olor a eucalipto que escondía bajo los puños de sus jerseys de colores fríos, en contacto, siempre siempre siempre con el latido de sus muñecas. Los dejaba tirados en cualquier papelera cuando sus pasos ya se alejaban del parque y pisoteaban con fuerza el asfalto. Ahí, ahí también la dejaba, sobre la acera, sobre el asfalto, la rabia. Y daba un pasito atrás, más bien un salto, la pisoteaba y seguía hacia adelante, murmurando cancioncillas francesas de la *Belle Époque*, una época que no le correspondía, ni por nacimiento, ni por interés. Las tarareaba, las silbaba, y cuando llegaba al portal de su edificio, las dejaba allí abandonadas, justo antes de subir el primer escalón, no fueran a subirse con ella a su casa.

On dit qu'au delà des mers	*Decimos que más allá de los mares*
Là-bas sous le ciel clair	*allí bajo el cielo despejado*
Il existe une cité (…)	*hay una ciudad (…)*

Un manojo de llaves para abrir siete cerraduras, siempre de arriba hacia abajo y, por último, un empujón, el crujir de las bisagras y el bofetón de olor a mandarinas que, desde hacía veintinueve días, le daba la bienvenida al entrar. En el suelo, bajo el felpudo, un nuevo fascículo del coleccionable de *L'ami esotérique*. ¡Al fin! En el número anterior había leído que la cáscara de mandarina podría convertirla en una persona más locuaz, demostrativa y desinhibida. Separar la cáscara, dejarla secar, mezclarla con romero, clavo de olor a incienso y ponerlo todo en un brasero y dejarlo consumir completamente al fuego. Sólo eso. Pero nada, hasta ahora sólo nada. Recogió la revista y observó la portada de marzo. *Catarsis de las emociones reprimidas*, decía. Letras grandes y amarillas, sobre flores rojas, vomitivas, extrañas. *Mímulo escarlata*, rezaba en letras diminutas, abajo, a la derecha, junto al precio. Catorce francos. Cerró la puerta de un golpe, con la bota militar izquierda, los cordones ya desatados. Lanzó al sofá el bolso y la pócima del mes, con sus veintitrés páginas, y se deshizo del calzado, la falda y los leotardos como si se quitara un abrigo, dejándolos caer, pisándolos. Después las bragas, los nudos, el jersey, el sujetador. Cada prenda abando-

nada al paso, desde la entrada hasta el baño, apenas tres metros de suelo crujiente, entablillado, polvoriento. Bajo el chorro de agua fría, el cuerpo, la cruz egipcia que le colgaba del cuello, los restos de tiza y la rabia, la que se le había colado bajo la piel, las uñas, las pestañas, el sexo. Apretó fuerte los ojos, las mandíbulas, las manos y se frotó todo el cuerpo con los nudillos y una pastilla de jabón con esencia de jazmín. Lloró sólo un poco, un par de lágrimas que lamió en la comisura de la boca. Insípidas. Se detuvo el tiempo allí donde su cuerpo temblaba entre lozas cuadriculadas, negras y blancas, y su mente se enquistaba en un momento de la mañana, un instante preciso, ese en que Émile Bouchet erró en el cálculo de la multiplicación después de haber acertado las diez primeras veces. No podía entenderlo. El error. Después de tantos, tantísimos aciertos. Ahí estaba. El cuarenta y tres. El error. Después de tantos, tantísimos aciertos. Ahí estaba. El error. Y así, un bucle tras otro bajo el chorro de agua fría que le cortaba la respiración.

Un castigo desmedido que le arañaba la espalda y le daba punzadas en las puntas de los dedos gordos de los pies. Cien veces más, dijo antes de cerrar el grifo. El agua dejó de caer, apenas un goteo. Cien veces más, repitió masticando las palabras. A pesar de la ejemplaridad, a pesar de los aciertos, a pesar, sobre todo de su connivencia, dejándolo en ridículo frente a sus compañeros.

Émile era un alumno sublime. Pensaba como un adulto, soñaba como un adulto, respiraba como un adulto y, sobre todo, hacía cálculos matemáticos como un adulto. Minucioso, rápido, astuto. Era, en fin, como ella o como ella cuando dejó de ser ella, es decir, como ella mucho antes del periodo, del vello púbico, del crecimiento. En principio no les unía otra cosa que un mismo sentimiento de repulsión hacia lo impreciso, pero después fue todo. Y con todo quiso decir todo. Émile se convirtió en algo así como un colega. Alguien que comprendía al pie de la letra y a pesar de su corta edad, cualquier verso o estilo pictórico de origen polaco. ¿No eran siquiera sinónimos? La poesía, la pintura. La misma musicalidad. Después fue el gesto, y en ese gesto, su nariz *cyrana*, y su mirada heterocromática, y mucho después la repulsión y la rabia, y en su repulsión y su rabia, la sonrisa triste y los pasos

torpes e inciertos de Andrzej. Incluso su boca y su cuerpecillo de extremidades largas y desproporcionadas. También el pelo. También el error. Émile era eso, una mezcla perfecta de ambos. Un polaco francés o un francés polaco. Propiedad conmutativa. Lógica proposicional. Un producto de seis años que era todo y nada suyo. Pero que fue en su vientre, alguna vez.

Salió del baño seca, oculto el cuerpo bajo un albornoz azul, con la capucha puesta. De la cocina, sólo un café y un par de galletas *Petite beurre*. Del dormitorio, un libro de poemas de *Wislawa Szymborska*. Se tumbó en el sofá, al balcón de la noche y leyó en voz alta, con los ojos entrecerrados, sin gafas.

Debe ser a elección.
Cambiar para que no cambie nada.
Es fácil, imposible, difícil, vale un intento.
Sus ojos son, si cabe, una vez azules, otra vez grises,
negros, alegres, sin causa llenos de lágrimas.

A lo lejos, la *tour Eiffel* iluminaba los *Champs Elysées*, la *Île de la Cité*, la *Place de la Concorde*, la *Seine*. El barrido de luz se saltaba cada noche aquel distrito por el que Madame Soleil paseó alguna vez del brazo de Andrzej Walczak. Bajo aquella oscuridad, no ha mucho, sentados bajo el templete de *Buttes Chaumont* y cogidos de las manos, sin compromisos las de ella, comprometidas las de él, el acuarelista le juró que por mucho que las muestras genuinas de ambos hicieran crecer aquella barriga, abultada de cálculos exactos y pinceladas imperfectas, él nunca la abandonaría.

Hay tres maneras de subir al balcón más alto de París. A la mañana siguiente, Madame Soleil escogió la más angosta. Ciento noventa y siete escalones. Amanecía cuando rodeó la basílica del *Sacré Coeur* sin detenerse a admirar su lechosa fachada engalanada de una arquitectura no menos que nacionalista, Juana de Arco a la derecha, Luis IX a la izquierda, y se dirigió con premura hacia la *Place du Tertre*, en la colina de *Montmartre*, con un bolso de flecos apretado bajo el brazo y el gesto aún sin descomponer. Calzaba deportivas sobre calcetines negros y medias blancas, pantalón corto

de estilo militar, camiseta de colores suaves y cazadora gris con tachuelas. Desatada de nudos, botones y pañuelos en el pelo, le solicitó a un retratista que imprimiera su cara calva en un lienzo. Monocromático, dijo. ¿Añil?, preguntó el artista. Bermellón, dijo ella. Permaneció en esa postura decorosa y estática de las esculturas griegas hasta que él dijo *et voilá* y le entregó su obra en un papel de textura gruesa y rugosa y olor a resina acrílica. Le pagó cincuenta francos por una caricatura de 13x18 que bien habría podido ser de cualquiera de aquellas turistas que merodeaba entre lienzos, pinceles y barbas *mutton chops*. La guardó en el bolso y se dirigió a la plaza *Emile Goudeau* con pasos imprecisos, diríase que de puntillas y que de puntillas se asomó a las caras de los acuarelistas que, mezclados con toda clase de artistas pictóricos, buscaban a sus musas entre adoquines mugrientos y pisoteados por la cotidianidad. No tardó en distinguirlo. Uno entre todos o todos entre uno. Qué más daba. Andrzej Walczak, con un pincel *Petit gris* en una mano y una paleta ovalada en la otra. Y fue ahí, justo en ese instante, que de verdad se le descompuso el gesto.

Él le tomó las manos, siete años después de desamarrar sus dedos, sus afectos, sus lazos, y se las besó. Le hizo cosquillas con la barba, a pinceladas. Quiero que me dibujes, dijo ella. Él dijo sí. Durante los segundos, minutos, diríase horas, que estuvieron frente a frente, ella sólo miró sus labios. Carnosos, rosados, con pellejitos. Él sólo sus ojos. Uno, claro. El otro, oscuro. Él le pidió cien francos por su obra. Ella sacó del bolso un monederito de tela satinada y boquilla metálica y extrajo un *Delacroix*. Lo depositó en su palma derecha abierta, entre la línea de la vida y la del corazón. Antes de que la retirara, le soltó una moneda de un franco, otra de dos y cuatro de diez. La propina, dijo. Él la cogió.

Se despidieron con dos palabras, *á bientot*. Walczak besó el dorso de la mano de su siguiente musa con igual picardía. Madame Soleil no miró atrás. Bajó la calle con la misma gracia del día en que se conocieron en el *Pont des Arts*, dando saltitos, los pies muy juntos, atrás y adelante, adelante y atrás, con el impulso justo. Miró su reloj de pulsera y apretó el paso hasta la esta-

ción de *Pigalle*. Cogió el metro de las nueve y trece. Aún no se había atrevido a mirar su acuarela.

Encontró asiento entre un hombre repantingado que leía *Candide* y una mujer oronda que descansaba la cabeza sobre el pecho, también las manos, los dedos anudados, y dormía haciendo ruiditos con la nariz. En el ecuador de sus compañeros de viaje, invisible y cruzada de piernas, Madame Soleil abrió su bolso y sacó su retrato polaco. Los túneles, los árboles, las calles, incluso el otoño, pasaron a toda velocidad al otro lado de los cristales opacos. Ella mantuvo el estatismo de los incrédulos. Observó la imagen una vez, dos, tres. En su rostro original sólo un leve, levísimo movimiento de pupilas y un liviano y sutil arqueo en los labios, tan sutil que apenas podría asegurarse que los entreabrió para exclamar un *merde* imperceptible.

Se removió en su asiento y revolvió su bolso de nuevo. El lector de *Voltaire* gruñó, la durmiente entreabrió los ojos y volvió a cerrarlos. Rescató el retrato de 13x18 del fondo y lo sostuvo en su mano derecha. En la izquierda, la acuarela. Pareciera que su ojo verde mirase al uno y que el oscuro a la otra. Después, perdió la mirada en un punto situado a la altura de las rodillas del pasajero de enfrente. Pareciera que esas rodillas, cubiertas por un pantalón gris de pana, tuvieran la respuesta a su pregunta. ¿Cuál de las dos era ella? Se atrevió a molestarlo, la respuesta urgía. Perdone, dijo. El hombre la miró. Primero la calva, luego los pómulos, los pechos, el bolso en las rodillas con los flecos desparramados sobre las tibias, las deportivas. Ella no se detuvo en analizarlo. ¿Qué ve aquí?, dijo mostrándole uno de los dibujos. Un retrato. ¿Podría ser yo? Podría, dijo. Le mostró el otro ¿Y en este? La acuarela mostraba una maraña de pinceladas gruesas y retorcidas en tonos verdes, violetas, negros. ¿Qué ve aquí?, insistió. El hombre se encogió de hombros, tardó en contestar. Rabia, dijo al fin.

Después del segundo trasbordo, a dos metros y medio de la salida de metro de la *Place des Fetes* y a siete de la entrada de *L'école Le petit prince*, se detuvo junto a una papelera, depositó allí la rabia acuarelada y entró a

un supermercado. Compró un frasco de *Chaps Musk*, una barrita de *Rouge Bocage* y un peine del que colgaba una etiqueta con el precio rebajado. Se asomó a la ventanilla de un *Peugeot 205*, se pintó los labios, se perfumó las sienes y las muñecas, y se peinó las cejas.

Veintitrés minutos más tarde, Émile entró al aula arrastrando la mochila, los pies, el ánimo. Madame Soleil limpiaba con ímpetu los restos imperfectos que la tabla del siete había dejado en el encerado el día anterior. *Bonjour*, dijo. El niño agachó la cabeza, la mirada, la sonrisa, y ella se dirigió a su pupitre, le dio una tiza y dijo: Ve. Émile avanzó hasta la pizarra y comenzó a escribir la tabla del siete una vez más. La maestra se acercó por detrás, gesto neutro, mirada relajada, y dijo *no, no, no,* antes de borrar el castigo. La del ocho, Émile. El niño dejó caer la mirada, los labios, los brazos, al suelo. También la tiza. ¿Y si me equivoco?

La maestra se acercó hasta él, un paso, dos, tres, muy cerca, tan cerca que podría acariciarle el pelo si quisiera, pero no quiso. Moreno, repeinado, con una línea blanca que dividía su cabeza en dos mitades imperfectas. Tan polaco. Tan francés. Madame Soleil levantó un dedo y señaló a un punto por encima de su cabeza. Émile, la niña rubia acaracolada, los niños de las mesas aledañas, diríase que incluso la directora que se asomaba sin querer a la ventana del aula, dirigieron las miradas hacia allí. Era un punto situado a pocos centímetros del techo y a muchos del encerado, sobre el blanco gotelé. Allí, colgada de una chincheta, la maestra sonreía en bermellón.

Mª Soledad García Garrido

Nacida en Plasencia y residente en la ciudad de Cáceres. Estudié Filología Inglesa en la Universidad de Extremadura.

He publicado varios relatos en antologías como *Apagué la luz*, *La fiambrera*, *Raíces de tinta* y en revistas de la red como *Solo novela negra*. He obtenido diversos premios y menciones en concursos literarios. Destaco algunos:

• Primer Premio del Concurso de "Historias de viajes" convocado por el Club de Escritura Fuentetaja.

• Primer Premio en "XIII Concurso de relato breve José Luis Gallego".

• Primer Premio en el XV Certamen literario "Villa de Medellín".

• Premio V Concurso de Relatos Cortos A Teyavana en memoria de Aurelio Argel.

• Primer y tercer premios del II Concurso de microrrelatos Derechos Humanos Amnistía Internacional de Extremadura.

• Primer Premio del XVII Certamen de Narrativa Corta "Palabras de Mujer" convocado por el Ayuntamiento de Mora.

• Premio XIII Concurso de Relato Breve de Heraldo.

• Primer Premio IV Certamen Literario Párkinson León.

• Premio VI Certamen de Relatos Breves: La

igualdad como valor en la sociedad. 2019. Ayuntamiento de Segovia.
• Primer premio XX Concurso Literario Julio Camba 2019.
• Premio XXV Certamen Literario Internacional "Ana de Velasco" de Marcilla.
Primer premio IV Concurso "Letras Cascabeleras", modalidad narrativa.
• Premio XXXIV Certamen Literario de relato "Villa de Monesterio".
• Premio II Certamen de relatos cortos sobre el cáncer "Caty Luz García Romero".
• Primer premio VI Edición del concurso de microrrelatos solidarios IluminÁfrica, categoría África.
• Premio III Concurso de microrrelatos contra la violencia de género Galarazi Elkarte -Radio Tular Irratia.
• Premio XX Certamen Internacional de Relato Corto "Encarna León"
• Primer Premio XI Certamen al Fomento de la Igualdad de Oportunidades y de Trato de Mujeres y Hombres.
• Primer Premio XX Concurso de relato corto de Iznájar.
• Premio II Concurso de Relatos Cortos sobre Salud Mental "Construyendo cultura en salud mental".
• Premio XLIX Concurso de Cuentos José Calderón Escalada.

La cantera

Segundo premio de relato corto

No siempre depende de nosotros ser pobres;
pero siempre depende de nosotros hacer respetar nuestra pobreza.
VOLTAIRE

Todos le echaban la culpa a la cantera, pero nadie se acordaba de cuando habían negociado con los empresarios de la mina. Muchos años atrás, la montaña había estado cubierta de vastos pinares que pintaban de verde el ocre de la tierra. Costaba trabajo, en los cortos días de otoño, que el sol calentara el suelo. Se tupía entonces de helechos entre los que nacían boletus y níscalos tan hermosos como lunas llenas. Después, llegaron los de la madera. Se empeñaron en quemar el bosque a cambio de plata. Ninguno se negó a tal negocio. Es difícil decir que no cuando las tripas rugen como fieras. Quemaban y talaban al mismo ritmo. Nadie entendía que fuera rentable tanta fábrica de papel. En el pueblo, las cuentas se echaban con un palo sobre la tierra, y cuadernos prácticamente solo había en la sacristía, en el ayuntamiento, donde doña Trini y en casa de don Eleazar, el usurero. Cuando el monte quedó arrasado y la tierra ácida, se personaron los de la piedra.

Mi hermano ya había salido, en aquella época, del poblado. Al principio, todas las manos eran pocas para nuestros padres, pero llegó un momento en que las bocas se volvieron más ávidas que las manos. Las tierras, casi desérticas, no pedían ni ser aradas ni cultivadas. Solo se podía asistir al espectáculo de verlas morir sedientas y agonizantes. Por eso, en cuanto se les presentaba la ocasión, los vecinos iban enviando a los hijos a la ciudad, que no era más que otra boca hambrienta de hombres por cuyo esófago desaparecían y no regresaban más. A madre la partida de Samuel le costó no vol-

ver a sonreír. Apenas hablaba y evitaba contar los días para que el siguiente hijo siguiera el camino. Nos habían concebido en perfectos planes trienales, de tal manera que, al cumplir Samuel los dieciocho años, aún quedábamos cinco en casa mano sobre mano.

Cuando llegaron los de la piedra, el monte y nuestros padres vieron el cielo abierto. Con quince años ya se podía trabajar, así que no hubo discusión aquel día. Padre sacó, para sellar el pacto, una botella de vino que, por la mueca de don Aniceto, debía de estar avinagrado, pero fue como si firmaran un contrato ante notario. Ninguno entendimos bien los términos que se negociaron, puede que ni padre lo hiciera. Don Aniceto le daba, mientras salía, unas palmadas en la espalda a padre, lo que, a pesar de mis ojos de niña, me produjo cierto estremecimiento. Así fue como Tomás, sin moverse de la aldea, comenzó a trabajar.

Regresaba a casa como si le hubiera caído el mundo encima. Se le mimetizaba la ropa vieja con la piel y el pelo. Solo el fondo de los ojos se adivinaba blanco entre tanto polvo. Llegaba y se tiraba en el catre. Madre le preparaba una sopa clara. Si había suerte, escalfaba un huevo en ella y se la daba a cucharadas. Le dolían todos los huesos. Tienes que acostumbrarte, le consolaba padre, a quien no habían admitido en la cantera por viejo. Tomás se encargaba de picar la piedra con un mazo de hierro allá donde las máquinas no alcanzaban. Alzaba la herramienta por encima de su cabeza y la dejaba caer con tanta fuerza para partir el granito que parecía que los hombros se le descoyuntaban. Los primeros días andaba febril, abotargado. Poco a poco se fue acostumbrando a tan penoso trabajo, pero, al igual que a madre cuando se fue Samuel, se le fueron evaporando las ganas de reír y de hablar. El tiempo que no estaba trabajando lo pasaba acostado.

Don Aniceto se pasaba de vez en cuando por casa. Madre se preguntaba qué se le habría perdido en ella. Sabía que se había aprovechado de la necesidad que sufríamos, pero ya era tarde para romper el contrato. Por otra parte, se equivocaba de paradero si lo que pretendía era conseguir más mano de obra. Ni Adriana con sus nueve años ni yo, con doce, le servíamos en la cantera. Los pequeños para él ni existían. Don Aniceto se asomaba y se despojaba de su sombrero dando los buenos días. Iba vestido todo de

blanco, un blanco roto que no conocía atuendo igual por los alrededores. Sobre la camisa almidonada, un chaleco, y una chaqueta al brazo por si refrescaba. Cada mañana, su silueta recortada en el contraluz de la puerta se quedaba anclada unos minutos, como si con su presencia nos hiciera un favor. Preguntaba por Adriana. ¿Qué tal la niña? ¿Qué tal sigue la niña? Yo miraba de reojo a madre y le escuchaba, como si tuviera lombrices, un rechinar de dientes furioso. Le había cogido tal ojeriza que no soportaba su maldita estampa. Madre mantenía la casa en penumbra, las cortinas echadas, para que no se filtrara el calor, y aprovechaba el rato que le costaba a don Aniceto acostumbrarse a ella para cagarse por lo bajo en sus muertos.

Yo escondía bajo el camastro una caja de madera, de las de fruta, donde guardaba mis tesoros de niña: una piedra con forma de oso, un saquillo con raíces de jengibre que le habían recetado a la abuela poco antes de morir, una canica de cristal tornasolada que imaginaba que adivinaba el futuro, un manojo de hilo de colores… Debajo de todo, fuera de mi vista, descansaban las trenzas, envueltas en un paño azul celeste, que al mirarlo se me asemejaba al manto de la Virgen. Eran dos trenzas delgadas de color bruno rematadas en un extremo —el más cercano a la nuca— por una goma desvaída, y por el otro por un lazo de raso blanco. Junto a ellas, una tercera de color miel, gruesa por ser única, me pertenecía. La mía olía a rancio, como si me la hubiesen cortado con el pelo húmedo y estuviese podrida por dentro. Las de Adriana, mi hermana de nueve años, aún conservaban cierto aroma a lavanda. Madre le había trenzado el pelo para su primera comunión, humedeciéndolo en agua con una cucharadita de azúcar bañada en lavanda, del mismo modo que había hecho conmigo tres años antes. No sé qué le llevó a separarle el pelo en dos trenzas a Adriana. Tal vez, la experiencia de que era más fácil preservarlo dividido en dos. Madre decía que había que conservarlas, que ella recordaba de una vez que pasó por el pueblo una mujer rica, de esas caprichosas, buscando pelo, y que Leoncia, la mujer de Severo, se había cortado una cola de caballo que le acariciaba las corvas allí mismo, delante de ella. Y no se le olvidaba tampoco, como tampoco la olvidó Leoncia, la paliza que le había propinado después su marido, también en la calle, porque pecaba de supersticioso y no le habían convencido las dos pesetas

que le había pagado la mujer rica. Se le hacía que por el cogote despejado de la mujer entrarían todas las desgracias a su casa. El caso es que madre, que tenía más de práctica que de sibilina, en cuanto el pelo nos sobrepasó la cintura, lo recortó y guardó por si se volvía a dar la circunstancia de que aquella mujer tan rica volviera a la aldea con el mismo antojo.

El perjuicio de la cantera no tardó en mostrarse. Con las voladuras de los barrenos, las cabras y las vacas parían antes de tiempo y, cuando lo hacían, se les cortaba la leche y endurecían las ubres, por lo que los cabritillos y los terneros nacían débiles y morían en pocos días. Algunos sobrevivían, pero solo servían como animales de carne, no lograban reproducirse. Si los incendios de los pinares habían dejado el monte esquilmado, el polvo de la cantera había desecado los huertos y los había tapizado de un manto ácido que los volvía yermos. Pronto comenzamos a darnos cuenta de que la empresa minera era la única que se enriquecía. Los demás trabajaban por un salario, que al principio no pareció poco, pero no pasaba de ser algo de pan para hoy y hambre para mañana. Cuando la montaña quedara pelada, para lo que no faltaba tanto al paso que iban las máquinas, nos quedaría un desierto deslavazado, una tierra que nos escupiría en cuanto intentásemos sembrar cualquier matojo. Pero, a falta de un milagro, había que cumplir lo pactado. Y lo pactado eran cinco años. Los ingenieros habían calculado en ese tiempo lo que se tardaría en extraer el granito guarecido donde antes había crecido el extenso pinar, antes de que los de la madera lo quemaran. Antes de que los de la cantera descubrieran el potencial del monte.

Algunas madres casi no se acordaban de los hijos que habían mandado a trabajar a la ciudad. Madre trataba de no mencionar a Samuel, pero cuando lo hacía, entreveíamos cierto alivio por que no le hubiese pillado el infierno de la cantera en el pueblo. Tomás era toda su preocupación. En los dos años que hacía que se había instalado la empresa, solo había faltado un par de semanas a su obligación. Madre le había pedido a don Aniceto que le permitiera guardar una más de reposo, pero solo le contestó que no sabía de qué material estaban hechos los hombres en ese pueblo, que caían enfermos y se *amantequillaban* en la cama. Madre intentó decirle que Tomás no estaba enfermo, que una piedra de ese tamaño en la espalda le podía haber dejado

imposibilitado, pero las preocupaciones de don Aniceto no coincidían con las de madre. Algún nervio debió de verse afectado en el accidente, porque Tomás a partir de entonces cojeaba y le costaba trabajo mantenerse tieso. Un día, le escuché a madre, entre sollozos, quejarse a padre de que el hijo iba a quedar, si seguía en la cantera, impedido, pero el oído no me llegó para escuchar la respuesta, o, tal vez, esta nunca salió de su boca.

Respecto a Adriana, sus once años se confundían con catorce. No quedaba apenas rastro de la niña a la que mamá, como a mí, le había cortado las trenzas pasada la comunión. Se negó a ir a la unitaria. Decía que doña Trini ya no tenía nada que enseñarle, que para ser como ella no hacían falta tantas lecciones. Yo le repetía que debía continuar un tiempo más. La enredaba con que todo el que estuviera en la escuela se libraría de las tareas de casa. Madre me tenía a mí para ayudarla, aunque, en realidad, poco había que hacer. Se tardaba más en encender el fuego que en preparar una sopa insulsa que nos lavaba el estómago y provocaba dolores de cabeza. Barríamos cuando nos apetecía, porque el fantasma de la cantera, con sus nubes de polvo, se adhería a los escasos muebles y al suelo y no merecía la pena perder el tiempo en darle a la escoba y abrillantar como, aunque pobres, estábamos acostumbradas. Lo que más trabajo daba era lavar la ropa. La charca había criado una capa de nata que había que apartar para encontrar agua clara, pero tampoco nos empeñábamos en una labor tan ardua y que tan pocos resultados daba. Solamente Adriana se salvaba de aquel aplanamiento y flojedad. Aunque solo tenía dos vestidos, siempre los lucía inmaculados. Colaba el agua de la charca para lavarlos. Como finalmente abandonó a doña Trini, ocupaba todas las horas del día en su aseo. Salía a lavar la ropa y regresaba bañada, con el pelo limpio y brillante, que le caía ya por debajo de las costillas. Se las apañaba para estar siempre en casa a la hora de la visita de don Aniceto, que la cubría de halagos y zalamerías. Madre estaba tan preocupada por Tomás —andaba renqueando, rara vez levantaba el pie derecho del suelo— que no prestaba atención a Adriana, pero a mí no se me escapaba la operación que se traía entre manos y procuraba no quitarle ojo de encima.

Don Aniceto, con la potestad que le otorgaba su autoridad, se dejaba caer más a menudo por casa. Al principio, se quedaba en la puerta. Más

adelante, se habituó a plantarse, sin haber mediado permiso, en medio del saloncito, que era el pasaje a las pocas estancias del hogar, y permanecía de pie. Madre, aunque no le podía ni ver, se apresuraba a limpiar el polvo de una silla para que se sentase un rato. Y allí, con su traje blanco, sacaba su petaca de cuero, encendía un cigarro y, después de saborear el tabaco y arrojar una bocanada de humo, invitaba a padre a otro, que se sentaba en la otra silla, cubierta del polvo que nos invadía. Charlaban sobre cualquier tema. En realidad, padre escuchaba embobado. Era un honor que don Aniceto eligiera nuestra casa para hacer un descanso en su paseo matinal. Y, como por arte de magia, aparecía Adriana, que pasaba la mayor parte del día en nuestro dormitorio, el único lugar de la casa donde la polvareda no se atrevía a entrar. Descarada, se dirigía a don Aniceto y le preguntaba, con la inocencia fingida de sus once años, por los negocios y por su estancia en el pueblo. Padre, como veía que a don Aniceto le caía en gracia, se relajaba en cuanto Adriana tomaba las riendas de la conversación y lo dejaba en segundo plano. Madre, clavada en la puerta de la cocina, hincaba las uñas en la pared y arrancaba, sin darse cuenta, la cal reseca, que iba formando un montoncito en el suelo y que, al cabo de un rato, se unía al reguero de polvo que entraba por culpa de la cantera. En esos momentos, yo lo sabía, solo pensaba en Tomás y se maldecía por no haberlo enviado con Samuel a la ciudad y haber aceptado el trato con esos desgraciados. Yo era invisible a los ojos de don Aniceto. Ni qué decir de los pequeños, que jugaban en el umbral a apilar cascotes y tierra. No suponían ninguna carga para padre y madre, ni los vigilaban. Además, doña Trini aún no había requerido que asistieran a sus clases. Tanta era la desidia.

Una tarde, aproveché que estaba sola en casa y arrastré la caja que guardaba bajo la cama. Con cuidado para no mancharlo, saqué el trapo azul de las trenzas. No recordaba haberlo soportado entre mis manos. Me limitaba solo a abrir el envoltorio y observar el pelo. El bulto, al contacto con mis manos, se me antojó un gato muerto, un gato pequeño. Lo oculté bajo mi vestido y salí hacia la casa de don Eleazar, el usurero.

—¿Para qué quiero yo estas trenzas? —me preguntó detrás de una mesa de ébano impoluta.

—Madre dice que son muy valiosas. Con ellas, se pueden fabricar pelucas preciosas. Mi pelo es cobrizo, tal vez más común, pero las trenzas de Adriana son color azabache, tirando a azules. —Se las mostré a la luz de la ventana, y, sosteniéndolas, como quien sostiene un tesoro, reparé en que daba grima ver aquellas trenzas sin vida. Parecían el trofeo de algún salvaje.

—¿Qué vas a hacer con el dinero?

Supe en ese instante que don Eleazar no iba a comprarme las trenzas, que no eran más que tres matas de pelo sin valor alguno. Supe también que el dinero que necesitaba para alejar a Adriana de nuestra casa, para alejarla de don Aniceto, no vendría del bolsillo del usurero. Mi idea era huir a la ciudad. Con un poco de suerte, encontraríamos a Samuel y nos ayudaría a empezar una vida nueva. Pero mis planes se licuaron enseguida. Me despedí y no se molestó en contestarme. Allí lo dejé repasando su cuaderno de cuentas, anotando algún apunte con ayuda de un lápiz romo.

Adriana se había encaprichado de don Aniceto, del dinero de don Aniceto. Se estaba dejando deslumbrar por la riqueza de sus trajes blancos y por la posibilidad de abandonarnos. Don Aniceto, a su vez, miraba con ojos obscenos el cuerpo de Adriana, que iba perdiendo día a día la figura de niña. Padre y madre o no querían verlo o estaban ciegos.

Una mañana, madre salió a buscar huevos. Se los compraba a alguna vecina, porque nuestras gallinas, con las explosiones de dinamita de la cantera, habían ido perdiendo las plumas y la capacidad de poner. Padre, si nadie lo veía, se iba paseando hasta la cantera y relevaba a Tomás con el mazo. Debió aprovechar la circunstancia don Aniceto, porque, a pesar de que halló sola a Adriana, pasó hasta el saloncito, pisoteando la confianza de padre, que lo consideraba como a un amigo. Yo había bajado a la charca a sacudir la ropa de trabajo de Tomás. No merecía la pena lavarla. El agua borrosa solo conseguía acartonarla en cuanto se secaba. Mientras subía la cuesta de vuelta a casa, vi a los niños jugando en el rellano de la calle. Era mediodía y hacía tanto calor que no comprendía cómo Adriana les había dejado salir. Entonces, sentí un pálpito. Eché a correr y descorrí el cortinón de la puerta de entrada que madre colocaba en verano para que no entraran moscas. Acerté a ver el pecho incipiente de Adriana, que reía sentada sobre la mesa

con el canesú del vestido bajado. Don Aniceto, que estaba sentado en la única silla limpia, dio un respingo tan repentino para levantarse que los pantalones, libres de cinturón y botones, cayeron al suelo.

—¿Ya has terminado de lavar la ropa? —me desafió Adriana—. Parece que frotas poco. —Y continuó con una sonrisa lasciva que me revolvió el estómago.

Don Aniceto, mientras, se recomponía la ropa sin mediar palabra. Hizo amago de salir, pero me encaré con el cesto de la colada aún apoyado en el cuadril. Después, me aparté, salió calle abajo y la casa quedó nuevamente a oscuras.

—Si cuentas algo, te mato. Yo no voy a ser como tú. ¿Te has mirado? Si seguimos aquí, nos comerá la pobreza. Al viejo verde este me lo engatuso yo.

—No sabes lo que dices.

—Sí, sí que lo sé. Te mato y mato a quien haga falta.

Aquella noche no pude dormir. La imagen de don Aniceto sobando con la mirada a mi hermana me tenía revuelta. Adriana estaba equivocada. Esa no era la manera de prosperar. Claro que estaba equivocada. Pero miraba atrás y la única conclusión era que todo había sido un error: la marcha de Samuel, la cantera, el contrato de Tomás… La miseria nos rondaba desde que teníamos uso de razón. Antes del amanecer, así de nuevo el paquete azul y bajé la cuesta hasta la charca. Deslié la tela y destrencé el cabello de Adriana, sus trenzas de niña. Primero, una; después, la otra. Seguí con la mía. Arrojé el pelo al agua y quedó flotando enmarañado. Ahora sí que parecía un animal muerto. Aún no había salido el sol cuando tomé rumbo a casa. Todos dormían.

Clara Isabel Martín Muñoz

Clara Martín nació en Ávila. Es licenciada en Medicina y especialista en Medicina Interna. En 2021 ven la luz su primera novela publicada, *Varios Disparates y un Capricho (editorial Revista Atticus*) y el libro de relatos *Las profundidades de un Disparate (editorial Revista Atticus), que* tienen como hilo conductor los grabados de Francisco de Goya. Ha sido reconocida en varios certámenes literarios, entre ellos el primer premio en el XII Certamen Fernando Quiñones de relato corto, segundo Premio del Concurso de Relatos de Mujer del Ayuntamiento de Castellón de la Plana 2015, ganadora del XXIX Certamen de Poesía y Narrativa María Fuentetaja 2020, primer premio de Narrativa Corta en el XVI Certamen Jóvenes creadores 2013 del Ayuntamiento de Ávila, segundo premio del certamen literario 'El sentido del progreso' convocado por la Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, finalista del XXI Premio Ana Mª Matute de Relato, segundo premio del V Concurso de Literatura Epistolar "Cartas desde el Camino de Santiago", segundo premio en el IX Certamen literario Antares, de la "Asociación cultural de mujeres Antares", primer premio del XX Certamen de relato corto Casa de León 2019, primer pre-

mio del XXII Certamen de Relatos Breves de Invierno y Cuentos de Navidad de la Fundación Concha y primer premio del I Concurso de FotoRelato "Pueblos de Gredos".
Colabora con la revista de arte y cultura Atticus desde 2017 con el seudónimo Martina Trenza. Sus relatos han sido publicados en diversas antologías, entre ellas *Hablando con Teresa, de mujer a mujer*, con motivo V Centenario del nacimiento de Teresa de Jesús.

Un día sin lluvia

Accésit de relato corto

Era uno de esos días que van hilando lluvias de viejos atardeceres. La vieron aparecer como una maraña negra en la bruma. Los latidos de Villa Eudora, acompasados con la cadencia armónica de las gotas, sufrieron una extrasístole; primero con el chirrido de la cancela y luego con el portazo al cerrarse. Poco a poco la silueta enlutada fue vislumbrándose; el vestido, la capa y el sombrero, hasta que se dibujó por completo el perfil de una mujer al llegar a la puerta. Tras los cristales de la galería el jardín flotaba en una bruma verde y era tan intenso el aguacero que difuminaba los colores malvas de las hortensias y dejaba la fronda convertida en una nebulosa mentolada para hipnotizar los ojos y rendirlos al ensueño. Lo único que parecía real era el perfume a tierra mojada y las fragancias del eucalipto y del salitre de un mar que no podía verse. El sonido de la lluvia ya formaba parte de Villa Eudora, una casa en el norte, de estilo colonial, con una gran galería acristalada y un frondoso jardín que la ocultaba de curiosos. Unos ojos color lavanda iluminaron la densa lluvia como si procedieran de los lagos o de algún mar de flores en que el sol sembrara la tierra con luz y espigas malvas. Al quitarse el abrigo las gotas de lluvia desprendieron aroma a espliego. Cuando la joven madre y la niña abrieron la puerta no sospechaban que aquella mujer cambiaría sus vidas.

—No la esperábamos tan pronto —dijo Raquel con el brazo en cabestrillo, asombrada por el porte de la mujer, a la que calculó unos cuarenta años.

Ella había imaginado que, a la urgente carta de su tía, Amelia de la Rocha, para que cuidara de la casa mientras ella tenía el brazo inmovilizado habría acudido otro tipo de persona; una muchacha, alguien más joven y sin tanta prestancia, quizás una aldeana sin recursos. Raquel, que tendría unos veintitrés años, se preguntó si aquella mujer sabía lo que estaba haciendo al meterse en aquella casa a cuidar de su tía, si habría llegado a sus oídos que los

paisanos llamaban a la Villa Eudora, Villa Bruja; y si le haría cumplir la misma promesa que a ella. La chica acarició el pelo de Eliza, su hija, que miraba a la extraña con asombro y sin recato. La niña preguntó a su madre: "Mamá, ¿los ángeles visten de negro?" La mujer sonrió a la niña, más que con sus labios con los ojos de espliego. En aquel lugar los relojes se encargaban de anunciar que era día y de noche porque el tímido astro era un mero servidor que aparecía solo a merced de la verdadera reina, la lluvia. Fue solo un instante en que las gotas titubearon, o quizás se detuvieron a tomar aliento; cuando Ena levantó la vista pareció descoser el hilván de empolvados atardeceres y enhebrar un haz de luz con su tallo lavanda. Luego regresó a los oídos la cadencia monótona del chaparrón y la voz de la tía Amelia.

—En la carta expuse de forma clara las normas de esta casa. No se podrá traspasar la puerta del jardín los días de lluvia. Y aquí llueve noventa y nueve de cada cien días —subrayó con seguridad, ensañándose en la cláusula de privación.

—Estoy conforme, señora.

La vieja Amelia le dijo que alguien del pueblo les llevaba todo lo necesario y que, si un día no llovía y no existía probabilidad alguna de que fuera a llover, Raquel y la niña podían salir a comprar. Añadió que el jardín era lo suficientemente grande como para pasear por él e insistió en que el trabajo era temporal, mientras su sobrina se recuperara del brazo roto. Luego miró a Raquel y suspiró por aquella mujer tan joven, viuda y con una niña. Eliza había nacido con el siglo. "Seguro que fue una maldición", farfulló, "lástima no tener padre…"

Ena dejó su maleta de cuero en el cuarto desde el que el jardín se intuía como un vidrio esmerilado. Cuando la lluvia amainó fue capaz de distinguir las hortensias esplendorosas, ostentando sus malvas y azules en la broza. La humedad gris flotante se fue disolviendo y la tarde se quedó callada al ocaso, solo con el suave deslizar de las gotas que rebosaban por los cálices de las flores y las hojas de los arbustos. Pegó su nariz al cristal, cerró los ojos y el cristal de mercurio pareció vibrar con su pensamiento. Después bajó a la cocina y encontró a la niña recorriendo las gotas que formaban ríos en la ventana. Cuando Ena le preguntó qué hacía, Eliza contestó:

—Estoy pintando la lluvia.

Y siguió dibujando encajes de agua con las filigranas plateadas. Ena siempre se mostraba alegre, solícita, enseñaba a leer a la niña, le contaba cuentos y jugaba con ella cuando tenía un rato tras hacer las tareas domésticas y atender los requerimientos e impertinencias de la anciana. Aguantaba con paciencia sus desplantes, la desconfianza, incluso las críticas que ejercía contra la liviandad de las mujeres del nuevo siglo. Y cuando recalcaba los impúdicos comportamientos de la juventud miraba a su sobrina y suspiraba. Raquel, sumisa e intimidada, no osaba replicarle y aguantaba estoicamente toda alusión a sus extravíos. Ena no entendía por qué, de forma soslayada, la vieja se refería a Raquel si la chica había sufrido la desgracia de enviudar y las posibilidades de contacto con cualquier ser humano fuera de la casa eran mínimas. Únicamente el médico, un abogado y el mozo que traía los víveres tenían acceso más allá del jardín. Raquel estaba completamente anulada por la dueña de la villa. Pasaban los días y Ena confirmó que, en aquel lugar, como una nebulosa ajena al mundo, había una perenne nube flotante que volvía los días siempre húmedos; en ocasiones con una delicadeza que espolvoreaba el agua en un cosquilleo o como la caricia mimosa de un gato ronroneando. Otras veces era escandalosa, iracunda y la estremecía con su trompeteo apocalíptico golpeando los tejados. En esas tardes en que el jardín se volvía espesura onírica, mercurial y glauca, las mujeres miraban la lluvia, cada una a solas desde su ventana. La tía Amelia desde la salita, alejada de las cristaleras; la frente con una arruga de pánico, pero la respiración pausada de quien se sabe a salvo en un refugio. Raquel derramaba recuerdos mientras el paisaje lloraba. Eliza exhalaba el aliento y dibujaba en la ventana la partitura que caía del cielo. Ena pegaba su frente al frío cristal y, a veces, cuando en vez de vislumbrar la nebulosa cenicienta que envolvía la villa se fijaba en su reflejo, se separaba con brusquedad, se pellizcaba las mejillas y se ponía a hacer algún trabajo manual: encendía la lumbre o los fogones, remendaba la ropa o alisaba la colada con la plancha de carbón. La lluvia iba hilvanando los días de las mujeres: sus temores, pesares, sueños y nostalgias.

Una mañana, el hombre que traía la comida vino acompañado de un niño de unos siete años, la misma edad que Eliza. Entró en la cocina con su padre para dejar los víveres y mientras Raquel hacía las cuentas con el paisano los niños se pusieron a jugar con un perrito. La niña reía y el zagal gritaba alborozado mientras jugaban con el cachorro. El alboroto cesó en cuanto vieron aparecer a la vieja por la puerta. Una vez que el hombre y el niño se fueron, Amelia estalló furiosa. Aunque Ena estaba acostumbrada a los maliciosos comentarios de la vieja, a sus insinuaciones sobre el pecado, a los insultos a Raquel, nunca la había visto en ese estado de ira; descompuesta y gritándole a la niña. Al principio se quedó paralizada sin saber reaccionar. Pero en cuanto comenzó a tirarle del pelo a la niña corrió a auxiliarla. Raquel se llevó a su hija de allí y Ena obligó a sentarse a la vieja, cuyos gritos se habían mezclado con una amalgama de lágrimas y resoplos. Le preparó una tisana y cuando se tranquilizó volvió a ser la mujer indolente y férrea que no permitiría ni un desliz, ni un acto pecaminoso en su casa y que no estaba dispuesta a que la niña mancillara su pureza. "Solo estaban jugando", le repitió Ena varias veces. Pero ella insistió en que no toleraría ninguna falta y si ella no quería respetar las normas podía marcharse, porque al fin y al cabo Raquel pronto estaría recuperada y se haría cargo de la casa de nuevo.

Mientras la tía Amelia roncaba entre las sábanas de puntillas con un gorrito en la cabeza, Ena acunó a la niña que hipaba en sus brazos y la distraía contándole el cuento de cierta mujer de un lejano lugar que se había sacrificado para salvar a su pueblo.

—¿Cuántos días faltan para que deje de llover? —le preguntó la niña.

—No lo sé. La lluvia es caprichosa.

—La tía abuela también. Nos odia a madre y a mí.

Ena calló tratando de desviar la conversación.

—¿Qué te gustaría hacer cuando deje de llover?

—Salir de casa.

—¿Es lo que más deseas?

—No, lo que más deseo es pintar la lluvia.

Eliza notó el aroma de espliego envolviéndola en un abrazo mientras la mujer de ojos lavanda miraba al infinito sin ver nada, quizás porque la lluvia

había bordado tantos atardeceres vetustos que era incapaz de destejer el tiempo. El sonido de un cristal roto la sacó del ensimismamiento y fue a ver qué había ocurrido. Raquel había dejado caer un jarrón con flores ya marchitas y lloraba desconsolada de rodillas en el suelo.

—Solo quería tirar las flores mustias.

—Deja que te ayude. —Los ojos lavanda de Ena miraron el brazo vendado y luego se posaron en las pupilas turbias de Raquel—. Yo limpiaré todo. Ve con tu hija.

Ena recogió los cristales del suelo, los pétalos rugosos como crujientes hojas de resina, y trató de cerrar un cajón atascado. Quizás no fue solo curiosidad sino el ansia de intentar comprender lo inexplicable lo que le hizo que cogiera el puñado de cartas atadas con un lazo que había en la cómoda antes de cerrar el cajón. La última fecha estaba sellada en 1900, todas del mismo remitente: Antón Lozano. La correspondencia se interrumpía en una ciudad lejos de aquella villa en un tiempo en el que Eliza aún no había nacido.

La irrupción de Ena en la intimidad de sus lágrimas y el pudor por haber recogido las flores marchitas hizo que Raquel se sintiera incómoda y a la mañana siguiente trató de sonsacarle.

—¿Por qué vistes de negro?

—Su tía lo prefiere así —contestó Ena con serenidad.

—¿Tú también enviudaste?

—Tú no eres viuda, Raquel.

Un rubor albaricoque tintó la piel de la chica.

—¿Por qué no te vas de aquí? Llévate a tu hija a otro lugar donde seáis libres. Está arruinando vuestra vida.

—No la juzgues tan duramente. Ella es la única que me acogió cuando todo el mundo me dio la espalda.

—Se encarga de recordártelo cada día con vejaciones.

—La lluvia es muy diferente para cada uno de nosotros, Ena. Pero siempre llora y cada uno guarda su dolor.

El cielo se fue abriendo como harapos que dejaban entrever algún rayo mientras las mujeres hablaban en confidencia. Las partículas brillaron como cristalitos con la luz y la opalescencia hizo sonreír a Eliza, que aspiró la fra-

gancia de un sueño lejano; el mar que no podía ver, pero cuyo perfume era recogido por el aire para sembrarlo tierra adentro. Amelia miraba desconfiada ese claro que abría una brecha en el horizonte, aunque suspiraba tranquila en su refugio. Cuando Raquel desinfló su pecho con las confesiones, Ena fue a la salita y vio a la vieja murmurando, quejosa, llamándola sin percatarse de que la mujer ya estaba allí, a su espalda. Antes de hacerse ver, los ojos lavanda se demoraron unos segundos observándola; las arrugas cubiertas por el cuello negro y prieto, el moño blanco y las manos como palomillas sobre la mesa donde había un libro, una caja de costura y la labor. Parecía tan frágil. En las paredes no había cuadros ni fotografías. La galería se precipitaba al jardín de esmeraldas fosforescentes, de límpidas corolas y humedad flotante; un acantilado al que la vieja nunca salía. Porque la galería estaba abierta, pero Amelia no podía cruzar el umbral de su refugio. Aquel precipicio era inclinarse al miedo. Asomarse a la lluvia era empaparse de dolor. Ena miró a la vieja y todo el rencor que había rumiado en los últimos días amainó como lo hacía el temporal aquella mañana. Observó sus ojos amarilleados y sintió por ella una gran compasión.

Ena anunció a Amelia de la Rocha que, puesto que era uno de esos raros días en que no había síntomas de que fuera a llover, saldría a comprar y contestó que no, que lo que tenía que comprar no podía encargárselo al mozo. Amelia no discutió porque en las cláusulas especificaba que los días que el cielo fuera azul podría salir libremente. Ena paseó por el pueblo recién lavado, dejó una carta en la oficina de correos y compró cuadernos y pinturas para Eliza. Al amanecer siguiente la niña encontró bajo su almohada una nota junto a la caja de pinturas: "Para que pintes la lluvia y el mundo entero". Eliza salió disparada, descalza y en camisón a abrazar a Ena. Después comenzó a llover, una semana y otra y otra. Las imprecaciones, la paciencia, los recuerdos y los sueños se fueron tejiendo de nuevo en el aire hasta que un día, de pronto, llamó un hombre a la puerta. Raquel lloraba y el hombre trataba de llevarla hacia él. Cuando Eliza apareció, él se llevó las manos a la cabeza. Ena no distinguía bien lo que hablaban, pero estaban sollozando y la lluvia comenzó a gritar, quizás para silenciarlos o tal vez porque tenía celos. Cuando Ena bajó a encender la cocina, Raquel la estaba esperando

con la cara cogestionada. La acusó de ser ella quien había hecho que aquel hombre las localizase. Raquel confesó que cuando se quedó embarazada de Antón, un pintor bohemio que no tenía nada más que sus manos y un sueño, su familia la obligó a alejarse y ocultar su pecado lejos. Porque nunca aceptarían a aquel hombre ni le permitirían casarse con él. La tía Amelia accedió a que viviese con ella bajo sus condiciones. Dijeron a los vecinos que era viuda. Quizás algún día encontraría a alguien que quisiera hacerse cargo de ella y la niña.

—Pero, si vives encerrada, estás prisionera.

—He hecho una promesa, he de cuidar de mi tía, se lo debo.

Cada gota es nueva, distinta, pero siempre la llamamos igual. El aguacero engarza nuestros dolores, nuestros rencores, y llovemos el resentimiento sobre otros. Cuando Amelia de la Rocha tenía poco más de la edad de Eliza se quedó huérfana de madre, la bella Eudora. Su padre necesitaba una madre para sus hijas y se casó con una mujer mayor, hermética y con una rigidez moral extrema. La pequeña Amelia no encontraba consuelo en su hermana recién nacida, sin embargo, sí lo hizo en un muchacho del pueblo, hijo de un lechero. Los dos pequeños se hicieron amigos y confidentes, y la tristeza de la pequeña obtuvo consuelo con la alegría del niño. Una tarde, después de bañarse en el río, se quedaron dormidos en el cañaveral, el uno junto al otro. No encontraban a la niña por ninguna parte por más que la buscaban y cuando por fin dieron con ella y la descubrieron así, en camisa, dormida junto al pequeño lechero, la madrastra montó en cólera, la insultó, y para lavar su pecado la llevó hasta el río y la ató a un árbol de la orilla. No se compadeció de la niña cuando empezó a llover ni cuando se desató la tormenta y la fuerza del agua estuvo a punto de ahogarla. Cuando su padre se enteró de lo que estaba ocurriendo fue al río y rescató a su hija. Pero la herida era profunda como el manantial e inconsolable como la tempestad. Amelia creció con la culpa de un pecado inexistente y con el pánico a ese aguacero que debía lavar la impureza de su corazón. Su cuerpo no volvería a dejarse mojar. La casa de Villa Eudora se convirtió en su refugio y su prisión. Y todo el torrente de sus naufragios lo volcó en las mujeres que vivían con ella. La lluvia es extraña, a veces hiere y a veces consuela, nos da

de beber y anega la tierra que nos da de comer. También en el corazón de Ena fluctuaban marejadas, pero el diluvio que la aislaba del mundo se había convertido en fortaleza. E igual que había personas que llovían sus miserias sobre otros, ella llovió su fuerza.

Raquel y Eliza salieron una madrugada para reunirse con Antón Lozano, el pintor que, en cuanto había sabido del paradero de su amor gracias a la carta que Ena le envió, había acudido enseguida a buscarla. Cuando Eliza traspasó el umbral de la finca y vio el nombre de la villa hecho de forja preguntó:

—Madre, ¿qué significa Eudora?

—Un buen regalo.

Eliza sonrió con las pinturas que llevaba en la mano.

—¿Y ella? —preguntó con tristeza dirigiendo su mirada a la casa.

—Algún día escampará.

Raquel suspiró aliviada. No había roto su promesa; habían marchado un día sin lluvia. Pero en su pecho se estrangulaba una inquietud; por qué aquella mujer de ojos lavanda de la que apenas sabían nada se había sacrificado por ellas de aquel modo. "Aún eres joven, si no es por ti hazlo por tu hija", escuchaba aún su voz cuando iba del brazo de Antón. Pero ¿y ella? Ena se marchitaría allí con su promesa de asumir el cuidado de Amelia.

Otros aguaceros vendrían a cobrarse su parte de tristeza, a tejer marañas y a urdir misteriosas razones que se escapan al entendimiento. ¿Por qué, Ena? ¿Por qué te sacrificaste así? Quince años más tarde regresé a Villa Eudora, cuando recibimos la carta en que nos anunciaba que la tía Amelia estaba agonizando. Exceptuando los años de la Gran Guerra, en que vivimos en Madrid, habíamos pasado la mayor parte del tiempo en París y yo había aprendido a pintar de la mano de mi padre, en el taller donde conocí a muchos artistas y me nutrí de las nuevas corrientes que se extendían por Europa. A principios de los años veinte, una vez pasada la guerra, la vida nos sonreía, estaba en plena juventud y lo que menos me apetecía era regresar al lugar que había sido una cárcel. Pero en cuánto llegué a la verja de Villa Eudora encontré que, en mis recuerdos, sepultados por el atolondrado presente, había más luz que oscuridad y que eran más vivas las memorias felices que las tristes. Entonces reconstruí la historia de aquellos meses. Villa

Eudora. Hasta ese momento, a los veintidós años no entendí que el regalo que me había hecho Ena no había sido una caja de pinturas y alentarme en mi vocación, sino que me había dado la libertad. A mi madre le había infundido la confianza y la determinación para cambiar su destino. Y la mujer de ojos lavanda tomó la decisión de acompañar a una anciana por la que sintió compasión cuando supo su verdadera historia. Cuántos secretos se ocultaban en aquel jardín frondoso. Qué fragor verde nos inundó el día que una silueta negra comenzó a desdibujar la bruma.

Cuando llegué a casa de mi tía abuela ya la habían enterrado. Amelia hizo su último viaje un día de tormenta. Encontré a Ena dormitando en un sillón. Había envejecido; sus sienes estaban blancas y pequeñas arrugas aplastaban los párpados. La zarandeé un poco para que despertara y todavía medio en sueños me dijo:

—¿Ha dejado de llover?

—Sí, Ena, es hora de marcharse.

Cuando se espabiló me recibió con una alegría inusitada; sus ojos aún lucían malvas y sus manos olían a espliego.

Quería encontrar una explicación al sacrificio de Ena porque yo era demasiado egoísta para entender que alguien pudiera entregar su vida a cambio de nada. Imaginaba que aquella mujer había volcado su valentía en nosotras porque ella no era capaz de enfrentarse a la vida y prefería recluirse. O quizás había estado huyendo de su propio pasado o pretendía olvidar a un antiguo amor. ¿Se trataba de resignación, pasividad, expiación? En realidad, no sabía nada de su vida y todo eran elucubraciones.

—Puedes quedarte en esta casa si quieres. Eres tú quién la merece —le dije con sinceridad.

Todavía hoy recorro la casa en busca de respuestas. Esta villa, con su fronda espesa y su amplia galería abierta al abismo de la lluvia estaba llena de secretos que el sonido de las gotas silenciaba. Como lo hacía con el aullido de nuestros corazones, con el dolor y el deseo. Pensábamos que la vida era así, que eso bastaba, que la lluvia era la única capaz de acompañarnos en nuestras desgracias. Lluvia a la que temíamos con devoción. Pero sigo preguntándome qué enigmas guardaba Ena. Qué pensaba ella cuando

veía llover, qué anhelaba o de qué huía cuando llegó a esta casa. Pinto los pétalos malvas de las hortensias, el boscaje verde musgo, el aire gris, los cielos añiles y el tejido plúmbeo que circunda a unas mujeres enlutadas. Unto el pincel en pigmentos oxidados por los recuerdos, dibujo filigranas como puntillas de visillos que tapan los cristales y no obtengo respuesta. Esbozo a tres mujeres que vestían de penumbra y a una niña de colores insípidos. Cada una guardaba en sus ojos un anhelo. La vieja con la conjuntiva biliosa, la joven con el fugaz rubor del llanto contenido, la niña con la centella del sueño plateado de la lluvia y la mujer madura con los ojos lavanda, los más sinceros y a la vez más misteriosos que jamás haya visto. Intento recordar sus suspiros, en que fijaba sus pupilas, pero no hay más que dudas. Medito una y otra vez sobre los quince años de presidio voluntario. Quizás deba retratar a Ena como la recuerdo, envuelta en bruma, con la luz de espliego de sus ojos. Tal vez sea mejor así; dejar que su vida, igual que la generosidad y la entrega incondicional, siga siendo un misterio, un bien precioso que salvaguardar de los más amargos aguaceros.

Hoy pinto a Ena como aquel día cuando le ofrecí la casa; saliendo por la cancela y atrapando un rayo de sol con sus manos de espliego para ir destejiendo viejos atardeceres de lluvia. Ella cogió su maleta y con una sonrisa dijo:

—Hoy es un día sin lluvia, un buen momento para recomenzar.

TLO '22

El libro Mujerarte (Relatos y Poemas)
Premios XXIX Edición
se acabó de imprimir
en la Imprenta Caballero,
de Lucena,
el día 23 de abril de 2022,
Día del libro.

lucena
con luz propia

Ayuntamiento de Lucena
IGUALDAD Y DIVERSIDAD

INSTITUTO ANDALUZ DE LA MUJER
Consejería de Igualdad,
Políticas Sociales y Conciliación